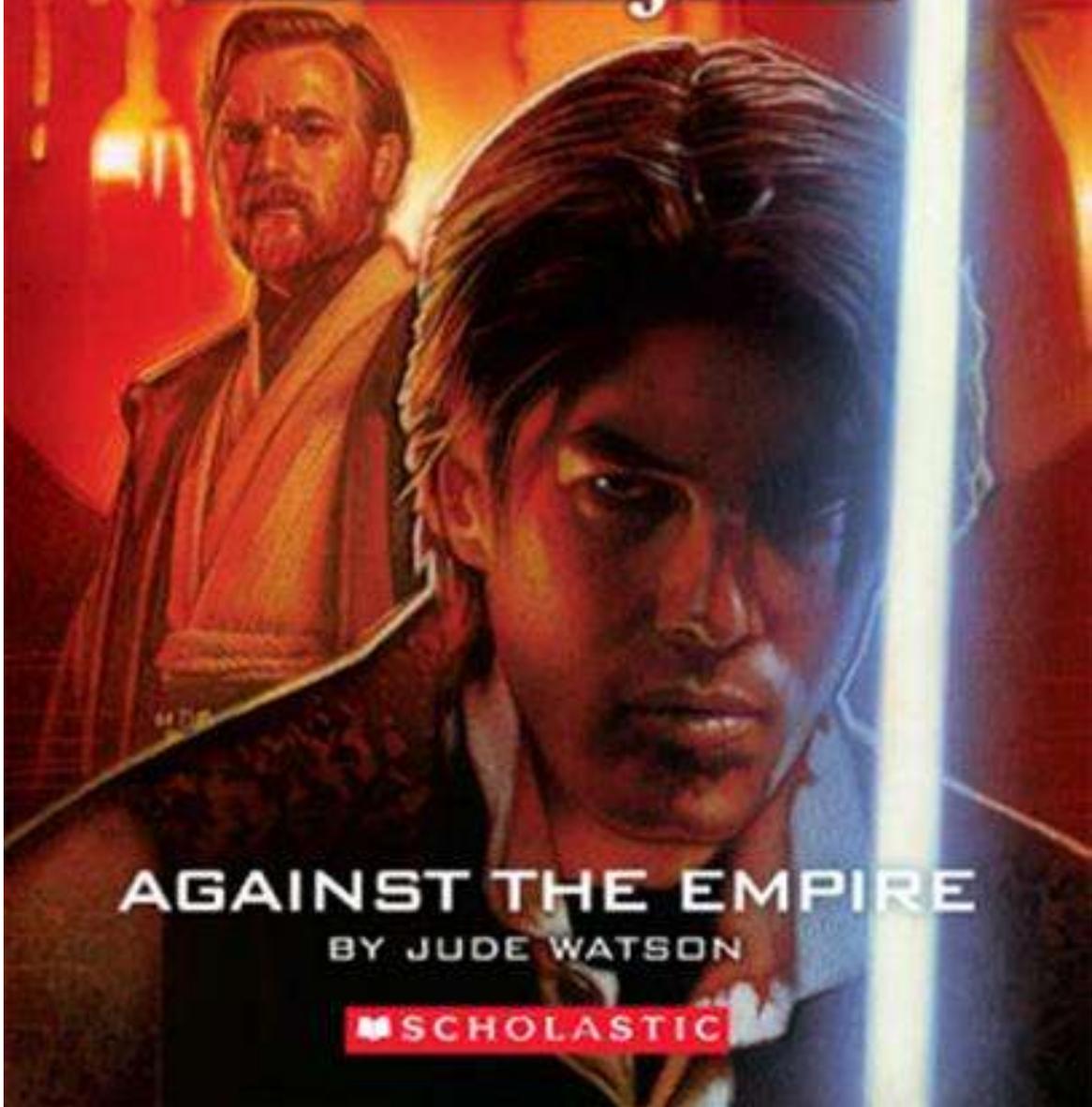


STAR WARS

LAST OF THE JEDI



AGAINST THE EMPIRE

BY JUDE WATSON

 SCHOLASTIC

A medida que el poder del imperio crece, los rebeldes se enfrentan a una elección: ceder... o luchar. Algunos forman bolsas de resistencia en planetas campo de batalla. Algunos se esconden, intentando combatir contra el Imperio desde dentro. Otros observan y esperan.

Para Ferus Olin, el odio al Imperio es personal. Las cosas que han sido más cercanas a él han sido destruidas. La Orden Jedi a la que una vez perteneció a ha sido diezmada. Y el futuro no se ve mucho más brillante...

A menos que pueda nacer una verdadera Rebelión.

STAR WARS

El último de los Jedi 8
Contra el Imperio

Jude Watson

Versión 1.0

01.03.13



Título original: *The Last of the Jedi: Against the Empire*

Autora: Jude Watson

Arte de portada: Drew Struzan

Publicación del original: Octubre 2007



18 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: Yavin201

Revisión: alexisdesaeger

Edición: Bodo-Baas

Base LSW v2.0

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

GUÍA DE PERSONAJES

Los Últimos de los Jedi

Obi-Wan Kenobi: El gran Maestro Jedi, ahora en el exilio en Tatooine.

Ferus Olin: Antiguo Padawan Jedi, una vez aprendiz de la Maestra Jedi Siri Tachi, actualmente un agente doble contra el Imperio, en el planeta Bellassa.

Solace: Antiguamente el Caballero Jedi Fy-Tor Ana; se convirtió en cazarrecompensas después de que se estableció el Imperio.

Garen Muln: Debilitado durante largos meses de esconderse tras la Orden 66; reside en la base secreta del asteroide que Ferus Olin ha establecido.

Ry-Gaul: Huyendo desde la Orden 66; encontrado por Solace.

Los Borrados

Una coalición liberal de aquellos que han sido condenados a muerte por el Imperio, renunciaron a sus identidades oficiales y desaparecieron; localizados en Coruscant.

Dexter (Dex) Jettster: Antiguo dueño del Restaurante de Dex; ha establecido una casa refugio en el Distrito Naranja de Coruscant.

Oryon: Antiguo líder de una prominente red de espionaje bothan durante las Guerras Clon; divide su tiempo entre la base secreta del asteroide y el escondite de Dex.

Keets Freely: Antiguo laureado periodista investigador; ahora se esconde en la casa refugio de Dex.

Curran Caladian: Antiguo ayudante Senatorial de Svivreni; primo del difunto ayudante Senatorial y amigo de Obi-Wan Kenobi, Tyro Caladian; condenado a muerte debido a su evidente Resistencia al establecimiento del Imperio; vive en la casa refugio de Dex.

Cuidadores de la Base

Raina Quill: Ronombrado piloto de la lucha del planeta Acherin contra el Imperio.

Toma: Antiguo general y comandante de la fuerza de Resistencia en Acherin.

Los Once

Movimiento de Resistencia en el planeta Bellassa; el grupo está empezando a ser conocido a lo largo de todo el Imperio; formado primeramente por once hombres y mujeres pero ha aumentado hasta incluir centenares en la ciudad de Ussa con más apoyo en todo el planeta.

Roan Lands: Uno de los Once originales; amigo y socio de Ferus Olin; asesinado por Darth Vader.

Dona Telamark: Partidaria de los Once; escondió a Ferus Olin en su retiro de la montaña después de escapar de una prisión imperial.

Wil: Uno de los Once originales y ahora su coordinador principal.

Dr. Amie Antin: Prestaba sus servicios médicos al grupo, después se unió; ahora es la segunda al mando.

Amigos y aliados de Ferus Olin

Trever Flume: Compañero de 13 años de Ferus Olin, antiguo niño callejero y operador del mercado negro de Bellassa; ahora un miembro honorario de los Once de Bellassa y un combatiente de la Resistencia, encubierto en la Academia Naval Imperial de Coruscant.

Clive Flax: Antiguo músico y espía corporativo convertido en agente doble durante las Guerras Clon; amigo de Ferus y Roan; evadido con Ferus del planeta prisión imperial de Dontamo.

Astri Oddo: Anteriormente Astri Oddo Divinian; divorciada del político Bog Divinian después de que éste se unió con Sano Sauro y la Confederación de Sistemas Independientes durante las Guerras Clon; ahora huyendo, escondiéndose Bog; experta pirata informático especializada en sistemas de código informático.

Lune Oddo Divinian: Hijo de ocho años de Astri y Bog Divinian, adepto a la Fuerza.

Linna Naltree: Experto médico que ayudó a Trever a escapar.

Flame: Amiga misteriosa y rica de los Once y otros grupos de Resistencia.

CAPÍTULO UNO

Su breve vida había estado marcada por megatonnes de mala suerte, pero al menos Trever se contaba a sí mismo afortunado en un aspecto: La asistencia regular a la Academia Diaria Ussana ya no era obligatoria.

Cuando su padre y su hermano fueron asesinados por las fuerzas imperiales después de las Guerras Clon, su mundo había explotado. Todo había dejado de tener sentido, e ir a la escuela había tenido el menor sentido de todos. Así que había cerrado la puerta a su antigua vida y la había dejado para siempre. Se había convertido en un niño callejero, en un ladrón, en un estafador. Entonces había descubierto que Ferus Olin, el tipo que le dejaba pasar la noche en su trastienda, solía ser un Jedi, y lo siguiente que supo... wha woosh, estaba atravesando bloqueos y esquivando soldados de asalto.

En el primer lugar de la lista de cosas que esperaba no hacer nunca más: ir a la escuela. Era demasiado pedir. Ahora era un fresco recluta en la Academia Naval Imperial de Coruscant.

¿Por qué no podría haber ido a esconderse en algún lugar divertido, como una cantina de estación espacial en el Borde Exterior?

Porque Lune Oddo Divinian, el hijo sensible a la Fuerza de Astri Oddo, había sido secuestrado por su padre y le habían enviado allí. Y Astri estaba frenética por recuperarle. Así que Trever se había ofrecido para alistarse, hacer contacto, y sacarlos a los dos en un par de días. Al menos ese era el plan.

Para Trever, la escuela siempre se había parecido a una prisión. Pero en la Academia Naval Imperial realmente se sentía como si estuviese en prisión. No había esposas aturdidoras ni celdas de energía, pero había unos sistemas de seguridad con los últimos avances, credenciales de identificación, y unos viejos droides de combate serie B-1 de las Guerras Clon que habían sido reactivados y reprogramados para encargarse de la seguridad. Estaban todavía en instalaciones temporales que el Imperio había requisado, un viejo hospital construido con sintopiedra gris. El lugar no tenía ventanas y todavía conservaba el olor a bacta.

Él se veía como cada uno de esos otros reclutas, con un corte de pelo reciente casi al ras, la túnica y los pantalones de color ciénaga y la pequeña gorra más estúpida que había tenido la desgracia de haberse puesto nunca en la cabeza. Trever se la quitó y la metió en su bolsillo. Había dejado atrás sus ropas y posesiones en el punto de control, y ahora tenía que encontrar su habitación.

Los pasillos estaban vacíos por el momento. Era hora de clase. Todos los reclutas estaban sudando sobre hololibros, y pronto él se uniría a ellos en esa diversión.

—¡Oye, gusano de grava! —una voz afilada le llamó desde atrás.

Trever siguió caminando. No estaba allí para verse involucrado en peleas de estudiantes.

—¡Estoy hablando contigo, gusano de grava!

...A menos, por supuesto, que algún matón idiota intentase romperle la cara.

Trever se giró. Un recluta alto con tres barras plateadas en su pecho le miró de arriba a bajo.

Mantén la calma, le había instruido Keets Freely. Keets había investigado un artículo en la Academia Imperial cuando ésta todavía estaba en la fase de planificación. Cuando Keets era periodista, antes de que consiguiera que pusieran precio a su cabeza, después de haber enfurecido al Imperio varias veces. Eres un nuevo recluta. Estás en el fondo del montón. Simplemente casi todo el mundo tiene permiso para torturarte. Es parte del proceso. Quieren convertirte en un imperial. Quieren doblegarle y reconstruirte de nuevo. Hagas lo que hagas, no pierdas la calma.

—¿Dónde está tu gorra, gusano de grava?

Oh. La gorra. Trever metió la mano en el bolsillo y la sacó.

—Estás obligado a llevarla puesta todo el tiempo.

—Nadie me lo dijo. Lo siento. Acabo de llegar hace un par de minutos —dijo Trever.

—¡Póntela ya, gusano de grava! —el recluta alto le dio un manotazo y la gorra cayó al suelo.

—Eso fue contraproducente —dijo Trever.

Ocurrió algo interesante cuando este recluta particular se enfadó. Sus mejillas se pusieron pálidas pero su cuello enrojeció. Si Trever hubiese estado en las calles de Ussa, le habría hecho un comentario. Llamando al tipo kete de garganta rubí y saliendo disparado. Trever era mejor corredor que luchador.

Lo que los matones no comprendían era que tenías que particularizar tus insultos. Cualquiera podía llamarle a alguien gusano de grava, por la luna.

Pero se suponía que no iba a perder la calma. Era la mejor esperanza de Lune de salir de allí.

—Recoge eso —el otro estudiante escupió cada palabra. Trever lo recogió. Se puso la gorra en la cabeza—. Insubordinación y delincuencia en el uniforme —el labio del recluta se curvó. Se acercó un poco más—. Mala suerte en tu primer día. Estás muerto. — Y de repente el cañón de un bláster estaba apuntando al pecho de Trever.

El tipo no era simplemente un matón, ¡era un lunático! Las rodillas de Trever casi se colapsaron. Después de todo esto, después de todo lo que había atravesado, esto no podía ocurrir. No aquí. Sintió un aguijón desagradable.

—Diez degradaciones —dijo el estudiante, y se marchó a grandes pasos. ¿Qué acababa de ocurrir? se preguntó Trever. ¿Qué era una degradación? El sudor goteó por su espalda. Pensó que había mirado a la muerte a la cara.

Temblando, logró llegar a su habitación. Tenía su propio cuarto pequeño, justo el espacio suficiente para un jergón y una pequeña cómoda.

Primero te aíslan, le había explicado Keets. Parte de la descomposición de tu personalidad. No quieren que tengas personalidad, niño.

Había estantes de arriba a abajo para tener espacio de trabajo. Trever colocó sus cosas y saltó sobre el jergón. No era muy confortable. La pequeña almohada era como una roca.

Se había fijado en un armario de suministros al entrar. Trever salió con cuidado y avanzó por el pasillo, alerta ante otros estudiantes y ese bláster falso. Abrió la puerta del armario de suministros.

Ah. Un montón de mantas y almohadas. Rápidamente cogió algunas almohadas y volvió a su cuarto. Las lanzó sobre su cama. Tal vez pudiese ser cómoda mientras estaba allí.

—Active unidad de mensaje —la voz era insistente y llegaba desde un panel de control cerca de la puerta. Una luz roja estaba parpadeando. Trever presionó su pulgar contra un panel sensor para identificarse.

—Recluta Fortin, preséntese ante el Teniente Maggis, Consejero Guardián, para la entrevista de orientación —dijo la voz.

Fortin era el nombre de los falsos documentos de identificación que Dex Jettster le había conseguido. Dex y Keets eran miembros de los Borrados, quienes habían eliminado sus identidades anteriores para esconderse del Imperio. Dex había establecido una casa refugio en el Callejón del Maleante en el Distrito Naranja, un lugar enterrado tan profundamente en el submundo de Coruscant que ni siquiera el Imperio quería ir hasta allá. Le habían entrenado en la casa refugio, llamándole por el nombre una y otra vez, repasando su historia hasta que pensó que se lanzaría por la ventana.

Trever dejó su habitación y se dirigió hacia el turboascensor. Le habían dado el número de la oficina del teniente cuando llegó, y sabía que estaba cerca de la oficina donde se había registrado. Había realizado un examen de colocación esa misma mañana, y los resultados habían sido tabulados. Esperaba que no le sacasen de la oreja. La teoría nunca habían sido su punto fuerte.

Llegó a la oficina y activó la luz de aviso que le diría al Teniente Maggis que estaba esperando.

Trever tiró del cuello de su túnica. No estaba acostumbrado a llevar ropa tan apretada. Se desharía de esa coyuntura tan pronto como pudiese pensar en una forma de sacar a Lune a escondidas.

No había sido difícil alistarle. No con los astutos expertos que le rodeaban. Por primera vez en su vida, tenía un expediente académico impecable. Keets Freely había añadido el toque extra el fabricar algunos artículos que él supuestamente había escrito para el periódico de su escuela, todo acerca de cómo la galaxia era un lugar de justicia y orden desde que el Imperio tomó el mando. Pura basura, por supuesto, pero cuando buscabas su identificación falsa a través de los canales habituales, eso era lo que encontrabas.

Esperaba que todo ello se mantuviese bajo el escrutinio imperial. No era la forma de vida más lista del lugar. Si fallaba en la prueba de colocación, le sacarían a patadas en su primer día.

La puerta se abrió con un siseo.

—¡Entre, ya! —ladró una voz impaciente.

Trever había estado esperando a un oficial imperial estándar. Todos ellos parecían estar sacados del molde del Emperador... o, al menos, como Palpatine solía parecer antes de que se convirtiera en un horror holográfico. Alto, gris, pálido. Sin sangre.

Pero este oficial era bajo, con un tórax amplio y una gran mata de rebelde pelo negro. Sus mofletes le daba una apariencia juvenil, pero su semblante ceñudo era desagradablemente adulto. Su gorra de oficial estaba colocada oblicuamente sobre una lámpara, como si la hubiese lanzado a través de la habitación cuando se la había quitado.

Maggis tenía la cara cerca de la pantalla.

—Fortin. Abismal en la teoría... matemáticas, atroz. Ciencia, miserable. Comprensión histórica, por debajo de mi desprecio. —Maggis le contempló con puro disgusto—. En resumen, es el recluta más penoso que he visto nunca. ¿Cómo conseguiste ser aceptado?

Trever intentó parecer más listo.

—Supongo que estaba nervioso cuando hice la prueba de colocación.

—Puntuó alto en reflejos y pilotaje. Estamos buscando pilotos. Así que bienvenido a la Marina Imperial, si no fracasas.

—Gracias.

—Gracias, señor.

—No hay por qué.

—No le estoy dando las gracias, idiota. Utilice siempre 'señor' al hablar con un oficial superior. Ese sería yo.

—Sí, señor.

Maggis miró la pantalla de nuevo.

—La otra noticia alentadora es que en apenas una hora por aquí, ha logrado acumular diez degradaciones. Fortin, es consciente, verdad, que con cincuenta se largará.

—No me lo dijeron, señor. Ni siquiera me dijeron lo era un degradación.

—No le decimos todo. Se espera que averigüe cosas por sí mismo. —Maggis se reclinó y sonrió—. Y si piensa que largarse no es algo tan malo, déjeme explicarle. No se marcha, va a los Cuerpos Mineros y presta servicio allí. Así que si yo fuera usted, seguiría las reglas.

—¿Pero qué ocurre si rompo una regla mientras trato de descubrir cuáles son las reglas?

La sonrisa de Maggis se hizo más ancha.

—Supongo que se le acabó la suerte.

Trever tragó saliva. Él no se había alistado para tener esta conversación de locos. De ningún modo.

—Reconocemos, sin embargo, que usted podría necesitar algo de ayuda de vez en cuando. Le asignaremos un recluta mayor que hará las funciones de mentor mientras está aquí. Veo que ya le ha conocido.

Trever tuvo una sensación de hundimiento.

—Recluta Kestrel. Aparentemente tuvo un problema con su gorra. Bien. Estoy seguro de que él será de ayuda a pesar de que le disparara esta mañana. Y entonces un día, si es muy, muy bueno, conseguirá tener a un bláster falso y asustar a los nuevos reclutas por usted mismo. —Maggis pulsó algunas teclas—. Debe estar en pilotaje avanzado en dos minutos. El retraso hace que acumule otra degradación.

—¿Puede indicarme dónde está la clase, señor? No me dieron un plano del edificio.

—¿Parezco un droide regulador del tráfico?

Estupendo. Simplemente estupendo. Trever se giró para marcharse.

—¿Y Fortin?

—¿Señor?

—Tiene otras cinco degradaciones en su expediente. Yo devolvería esas almohadas si fuese usted.

CAPÍTULO DOS

Ferus Olin estaba teniendo dificultades para concentrarse. Estaba perdiendo el rastro de las cosas, olvidando lo que se suponía que estaba haciendo mientras lo hacía. Su alrededor ya no parecía vívido. Las voces parecían llegarle desde lejos. Algunas veces alguien le hablaba durante minutos, y aunque pensaba que había estado escuchando, no tenía ni idea de lo que se había dicho.

No era una buena situación para un agente doble.

¿Así era el sufrimiento? Esto no era tristeza como la había sentido antes, cuando un amigo o alguien conocido había muerto. No era como se había sentido cuando había descubierto el destino de todos los Jedi. Ese había sido un golpe que había sentido profundamente, como si le hubiesen partido en dos.

Esto era peor.

Él había estado allí y lo había observado, demasiado lento para reaccionar, mientras Darth Vader había sacado casualmente su sable láser y se lo había clavado a su mejor amigo, su socio, Roan Lands. Había visto morir a Roan. Se había agarrado de él, le había mirado a los ojos, y le había dicho su adiós privado.

No pensaba que alguna vez hubiese odiado tanto a alguien. No era parte de lo que era él. Ser adiestrado por los Jedi generó gran cantidad de desapego en sus huesos. Pero al igual que había aprendido a amar de una forma personal y particular, también había aprendido a odiar. Lo aprendió en un instante cuando Vader atacó.

Era asombroso que él estuviese todavía vivo. Había atacado a Vader, y Vader le había manejado con facilidad, dejándole colgado en el aire indefenso, incluso se rió de él. Le habían arrojado a una celda y estaba esperando morir cuando el Emperador le había visitado. Ferus no sabía por qué el Emperador le había ofrecido una salida. Tal vez quería jugar con Vader, irritarle perdonando a Ferus. Tal vez tenía planes más grandes. A Ferus no le importaba. Le habían permitido salir de una celda. Por ahora eso era suficiente. Se ocuparía del resto más tarde.

El Emperador Palpatine le había propuesto entrenarle en el Lado Oscuro de la Fuerza, y él había aceptado. Porque sabía que sólo había una forma de eliminar su dolor. Una forma de conseguir su venganza. Tomar lo que le ofrecía el Emperador, aprender cómo funcionaba su poder, y entonces usarlo contra Vader.

Si todavía hubiese sido un Jedi, si hubiese podido hablar con Mace Windu, con Yoda o con Obi-Wan Kenobi acerca de la oferta de un Lord Sith, todos le habrían dicho lo mismo: No escuches. Aléjate. Te corromperá.

Pero ese era el viejo método. Ese era el camino que seguían los Jedi que ahora habían desaparecido. Impotentes. Porque no creyeron que los Sith tuviesen nada que enseñarles.

¿Qué pasaría si eso no fuese cierto? ¿Qué pasaría si un Jedi pudiese aprender de un Sith, obtener poder y multiplicar sus habilidades, pero seguir siendo un Jedi?

Cuando había estado solo en esa celda, con la mejilla contra el suelo, Ferus no había querido vivir. Lo único que le había hecho levantarse del suelo fue la oferta de Palpatine. Lo único que le dio vida fue la posibilidad de vengarse.

El Emperador también le había ofrecido un trabajo que no podía rechazar. Ahora se encargaba de encontrar seres sensibles a la Fuerza o Jedi que hubiesen escapado a la Orden 66. El Emperador había quitado al ex-Senador Sauro de la tarea, diciendo que se requería a un ser sensible a la Fuerza para encontrar a otro. Ferus pronto tendría acceso a la lista.

Él ya había creado una base secreta en un asteroide ambulante que estaba rodeado por una densa tormenta atmosférica. Sus amigos Raina y Toma estaban construyendo refugios, estableciendo sistemas de defensa y de comunicaciones. Hasta ahora sólo les había llevado a Garen Muln, pero pronto —tan pronto como estuviese seguro de que había ayudado a todos los Jedi que pudo— se retiraría allí con los que quisieran ir. Esperarían allí hasta que fuese el momento de contraatacar a los Sith.

Así que tenía un lugar al que llevarlos, si podía encontrarlos pero hasta ahora, la suerte le había sido esquiva.

No había podido descubrir más que indicios aquí y allá. Indicios de una operación a gran escala sin nombre. Y una operación de emboscada llamada Crepúsculo que sospechaba que tenía como objetivo... ¿un planeta? ¿Una organización? Algo grande. Tenía que seguir adelante, tuvo que averiguar qué estaba planeando el Emperador, si podía.

Atravesó el vestíbulo de la guarnición imperial de Bellassa. Gracias a la promesa del Emperador, ya no tenía que viajar con soldados de asalto como escolta. Darth Vader había sido reasignado a una guarnición diferente, una que el Imperio estaba construyendo en el área de la montaña que les había estado dando muchos problemas. No había peligro de toparse con él aquí. Ferus no quería toparse con él.

No hasta que estuviese listo.

Ferus abrió la puerta de la sala de entrenamiento. Estaba vacía, como solía estar a esa hora. Había tenido una reunión holográfica con el Emperador esa mañana. Había recibido su primera lección.

Es más fácil de lo que piensas, había dicho Palpatine. Oh, más tarde habrá que estudiar técnicas, completar ejercicios. Pero para empezar, debes hacer lo que te enseñaron a no hacer jamás como un Jedi. Siente tu cólera, pero no le dejes ir. Aliméntalo. La cólera quiere crecer. Como Jedi, combatías la naturaleza de la cólera. Por eso perdiste. Así que ésta es tu primera lección Ferus: cede a tu cólera, no la dejes ir.

Palpatine había sonreído. No se necesitaba sable láser.

Ferus caminó hasta la mitad de la sala, sus botas golpeaban el duro permacreto. Para hacer esto, tendría que revivir su peor recuerdo. El mismo que intentaba enterrar.

En su mente, la imagen surgió.

El sable láser. El punto de impacto. La cara de Roan cuando el sable láser hizo contacto.

La sacudida del impacto, la forma en la que los brazos de Roan cayeron, la forma en la que su cuerpo se dobló por la mitad.

Darth Vader en pie. Sin mirar a Roan, sin importarle. Mirando a Ferus. Matando a Roan simplemente para provocarle. Eliminando a una persona con sangre y huesos, recuerdos y risa, visión y amor, sólo... para irritar a un rival. Como un juego. Como un deporte.

La cólera fue un rugido dentro de él. No se alejó de ella. La sintió moverse y él evocó la misma imagen otra vez, la evocó para que quedara impresa en el fondo de sus ojos, hasta que gritó de dolor.

Algo se desprendió de la pared y salió disparado a través de la sala. Una abrazadera que sostenía una barra de ejercicios. Ferus abrió los ojos y concentró su mirada en esa barra, pesado duracero de dos metros de grosor. Eso, también, se separó de la pared y voló a través de la habitación. Se estrelló contra la pared, y cayó un trozo de tamaño considerable. Sintió una corriente de satisfacción fluyendo a través de él.

Se dio la vuelta. Una silla apoyada contra una pared salió disparada. Otra. Mantuvo los objetos en el aire. Entonces enfocó su cólera como un láser y la sintió crecer y crecer hasta que los objetos chocaron entre sí y cayeron destrozados al suelo.

Todavía no había acabado. No con su cólera, no con esa habitación. Esa habitación, esos objetos, podían ser aplastados y destrozados, y si a alguien le importaba e iba tras él, también sería aplastado, porque su cólera era enorme.

El suelo bajo sus pies comenzó a resquebrajarse. Un trozo de techo cayó y los cables se desparramaron, y Ferus siguió girando, sus ojos ardían y la cólera era ahora una pelota rodante de llamas dentro de él hasta que no pudo ver nada más que rojo. El rojo era el color de la destrucción.

—¿Qué está pasando aquí?

El oficial imperial estaba en el umbral, con los ojos desorbitados.

Ferus volvió en sí. Miró a su alrededor. La habitación estaba destruida.

Nunca antes había sido capaz de hacer tal cosa. Estaba jadeando. El Lado Oscuro de la Fuerza había entrado en él, y el placer que había sentido era aterrador. Aterrador... y satisfactorio.

Dedicándole al oficial una mirada de desprecio, salió por la puerta. El oficial retrocedió de miedo. Ferus disfrutó de su miedo.

Era la primera vez desde la muerte de Roan que no sintió dolor.

CAPÍTULO TRES

Flame caminaba de un lado a otro en la sala de estar de la casa refugio. El tiempo de esa misión se estaba agotando. Tenía a los líderes de la Resistencia de importantes sistemas planetarios del Núcleo y del Borde Medio en su movimiento. El Borde Exterior era demasiado inestable, demasiado insignificante para preocuparse todavía. Lo que realmente necesitaba era que Bellassa se uniese a Golpe Lunar. Incluso si la Resistencia allí se había fracturado, podría volver a alzarse en un latido. Y el peso simbólico de los Once Bellassanos era enorme. Eso mantendría a los otros unidos.

Primero Bellassa. Después Coruscant. Golpe Lunar estaría completo. Su trabajo se realizaría. Ella habría vinculado los movimientos de Resistencia de los sistemas planetarios más importantes de la galaxia. Nadie pensó que podría hacerse, y ella lo había hecho.

Había recorrido un largo camino desde Acherin. Había pensado sólo hace algunos años que las Guerras Clon no la afectarían. Había pensado que su comfortable vida duraría. No había podido imaginar su mundo destrozado, su riqueza en peligro, su familia muerta. Tuvo que rehacerse a sí misma. Tuvo que convertirse en un guerrero. Tuvo que usar toda su astucia, toda su voluntad, para hacerlo. Había tenido éxito. Ahora lo importante en su vida, lo único importante, era su misión.

Si esas personas no lo estropeaban todo.

La paga era Bellassa. Desde la muerte de Roan Lands y el arresto de Amie Antin, Wil había permanecido en silencio. Trever había descubierto que el Imperio estaba construyendo un sistema de entrega de armas tóxicas en Ussa, y la información se había enviado a la ciudad. Había sido resaltada en las holonoticias clandestinas, y las noticias se habían propagado de ciudadano en ciudadano. Los ussanos se habían indignado y había habido protestas esporádicas. Dos días antes todos ellos habían permanecido en sus casas, negándose a trabajar, y la ciudad había quedado parada. Las calles y las rutas aéreas habían estado misteriosamente vacías.

Había sido una lección para Flame. Era asombroso lo que podía hacer la Resistencia.

El gobernador Imperial había tomado represalias reuniendo a los niños del distrito Lago Piedrazul y metiéndolos en la cárcel de la guarnición. Amenazó con enviarlos fuera de planeta a una prisión imperial, entonces pasar al siguiente distrito, y después al siguiente, hasta que los ciudadanos volviesen al trabajo.

Cada ussano había vuelto al trabajo al día siguiente. Los niños habían sido liberados, pero ahora todos los ussanos sabían hasta dónde llegaría el Imperio. El Imperio había establecido más puntos de control en las calles. Si un ussano era atrapado sin documentos de identificación, él o ella era llevado inmediatamente a la prisión de la guarnición.

Flame detuvo sus pasos, al oír un murmullo de voces. No podía entender las palabras. Algo se estaba tramando, pero ella no sabía el qué, porque Wil no estaba hablando. Dona había llegado, y habían estado en esa habitación durante más de una hora.

¿Cuándo confiarían los Once en ella? La habían dejado quedarse en el refugio, pero las discusiones se celebraban detrás de gruesas puertas de seguridad, con ella al otro lado. Éste era el problema principal en hacer que Golpe Lunar funcionara: la confianza. Por supuesto, ella entendía que los miembros de cualquier grupo de Resistencia fuesen cautelosos. Tenían que serlo. Ella había superado esa desconfianza antes financiando movimientos o asumiendo los mismos riesgos, involucrándose en sus operaciones encubiertas. Grupo tras grupo habían acabado confiando en ella. Pero los Once eran más difíciles de convencer.

Flame vio encenderse la luz de alarma, lo que significaba que alguien estaba aproximándose al refugio. Fue hasta la ventana unidireccional y observó. Sabía que Wil haría lo mismo en la otra habitación. Era Ferus Olin, bajando por la rampa hacia la entrada delantera.

Flame le estudió durante un momento. A diferencia de Wil, el cual estaba más pálido que nunca desde que Amie había sido capturada, Ferus no mostraba su pena por fuera. Se veía igual que siempre. Aunque había escuchado decir a Dona lo destrozado que estaba por la muerte de Roan.

Ella no estaba segura, se suponía que Ferus era un agente doble, trabajando para el Imperio pero conservando sus conexiones con la Resistencia. Aunque parecía gozar del favor del Emperador. Ella no sabía por qué los líderes de la Resistencia confiaban en él del modo en que la hacían. Nadie era incorruptible.

Wil salió de la habitación interior para abrirle la puerta a Ferus. Entró y saludó a Flame con un cabeceo antes de colocar una mano en el hombro de Wil. Los dos hombres se miraron un momento.

—Tengo noticias de Amie —dijo Ferus.

Wil se puso gris.

Ferus apretó su hombro.

—No, ella está viva. Está siendo transferida.

Wil se tambaleó un momento, el alivio se dibujó en sus facciones.

—Ven adentro. Hablaremos. Dona está aquí.

—No —dijo Flame—. Esperad.

Se giraron, impacientes por marcharse. Pero ella no dejaría pasar este momento. Tenía que ser ahora.

—Estoy perdiendo mi tiempo aquí —dijo ella—. Necesito a Bellassa para Golpe Lunar. Pero si no confiáis en mí, no puedo quedarme. Hay otros planetas, otros sistemas con los que necesito contactar.

Vio la vacilación en las caras de Ferus y de Wil. No estaba segura de si debía presionar. Tenía que ser cuidadosa.

No quería perder Bellassa. No estaba dispuesta a perderla. Pero tenían que pensar que lo estaba.

—Puedo ayudaros, sabéis que puedo. Sabéis que sin mí vuestra Resistencia se marchitará y morirá. Ahora es el momento de tomar una decisión, porque si no, me iré. No puedo daros más tiempo.

Ella observó sus caras cuidadosamente. Vio dudas en Wil, pero Ferus era mejor ocultando sus sentimientos. Ferus era el que tenía más que perder, ella lo sabía. Ella podía entregarle al Imperio en cualquier momento. Ferus era al que tenía que ganarse. No confiaban el uno en el otro, pero tenían que encontrar un terreno en común, o Golpe Lunar desaparecería.

—No te vayas —dijo él—. Deja que hable con Wil un momento. Entonces te llamaremos.

Ella supo entonces que la aceptarían, aunque ellos aún no lo sabían.

Ella inclinó su cabeza. El alivio la inundó, pero no les dejó verlo.

Tan pronto como se cerró la puerta detrás de ellos, Wil se volvió hacia Ferus.

—¿Cómo está Amie? —preguntó.

—No la han torturado —dijo Ferus—. Pero he descubierto que la van a transferir fuera del planeta a un mundo prisión.

Dona se levantó de su asiento al lado de la ventana. Su cara ancha y arrugada estaba llena de preocupación.

—No podemos dejar que eso ocurra.

—No —estuvo de acuerdo Ferus—, no podemos. No sobrevivirá allí.

—¿Qué hay de Flame? —preguntó Wil—. ¿Deberíamos involucrarla?

—Ella está en lo cierto. Está perdiendo el tiempo si no la dejamos entrar en los Once. Y lo que ofrece puede ayudarnos, especialmente ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Si vamos a tener cualquier Resistencia efectiva en Bellassa, tenemos que asegurarnos que los niños están a salvo.

—¿Evacuación? —preguntó Dona.

—Posiblemente podría llegar a eso. No podríamos llevar a cabo esa clase de operación a gran escala sin ayuda.

—¿Entonces, crees que deberíamos incluirla?

—Creo que deberíamos ponerla a prueba. La involucraremos en la operación para rescatar a Amie, pero no sabrá los detalles. De ese modo, Amie estará a salvo, pero nos beneficiaremos de la experiencia de Flame. Es un piloto increíble.

—Cuéntanos tu plan —dijo Wil.

—No tengo un plan exactamente. Sólo algunas ideas. Tengo el punto de transferencia y la hora —tenemos dos días.

Wil frunció el ceño.

—Eso no es mucho tiempo para planificar. No quiero poner en peligro a Amie. Tal vez deberíamos atacar desde el aire.

—Estarán esperando eso. No esperarán un intento de rescate aquí. Las fuerzas de seguridad han clausurado la ciudad, no imaginarán que podamos llevarlo a cabo.

Dona colocó sus anchas manos sobre sus rodillas.

—Entonces lo haremos aquí.

—¿Cómo? —preguntó Wil—. ¿Dónde está el punto de transferencia?

—Utilizarán la plataforma de aterrizaje imperial fuera del hangar en las afueras de la ciudad. Ese hangar está restringido para el tráfico de alta prioridad. Tendremos que rescatarla y llevarla a través de Ussa hasta aquí. No creo que podamos arriesgarnos a sacarla del planeta.

—¿Llevarla por toda la ciudad? Eso es de locos —dijo Wil—. ¿Sabes cuántos puntos de control tendríamos que atravesar?

—Sé exactamente cuántos. Podemos usar algunos de los pasajes seguros en los que han trabajado los Once.

—¡Pero no están acabados!

—Hay un túnel debajo del lago.

—Tampoco está terminado.

—Bien, entonces tendremos trabajar en él —dijo Ferus—. Va a tener que estar listo en dos días. Mientras tanto, reuniremos la fuerza de ataque.

Wil asintió, pensando seriamente.

—Llevará tiempo, mis mejores operativos están ahora en las montañas.

—No te preocupes —dijo Ferus—. Tengo una fuerza de ataque en camino.

CAPÍTULO CUATRO

Ry-Gaul, Solace, y Clive atravesaron rápidamente el portal holográfico de los bosques enredados de Bellasa. Ferus había contactado con ellos, y ellos habían despegado de Coruscant en menos de una hora.

Solace miró a Ry-Gaul. Ella no era habladora, pero Ry-Gaul era el ser más silencioso que había conocido nunca. Desde que le encontraron en Coruscant, huyendo del Imperio, él había contado su historia brevemente y después raras veces había aventurado una opinión o una observación. A Solace no le importaba la tranquilidad, pero sabía que eso estaba volviendo loco a Clive. Si ella tuviese sentido del humor, le parecería divertido. Afortunadamente no tenía el tiempo o el temperamento para divertirse.

—Hey, compañeros —dijo Clive—. Tuvimos que esquivar diez patrullas imperiales y un droide zumbador o dos, pero parece que lo logramos. Ufff, me alegro de estar aquí, pero no habléis todos a la vez.

Solace mantuvo los ojos en la consola.

—Busca ese lugar de aterrizaje. Tengo las coordenadas generales, pero mueven el sitio por seguridad. Necesitamos confirmación visual.

—Allí —la voz de Ry-Gaul era baja.

—Pero si habla —murmuró Clive.

Solace lo vio delante. Una maraña de arbustos y nudosos troncos de árbol, pero con un espacio despejado para poder aterrizar una pequeña nave. Ella posó allí la nave.

Salieron por la escotilla de la cabina. Alguien se apartó de la maraña de maleza y alzó una mano. Era Ferus.

Sus reuniones eran infrecuentes ahora que era un espía. Solace sintió una oleada de felicidad al verle. ¿Podría ser que realmente estuviera empezando a cogerle cariño?

Él caminó hacia ellos, y el placer que sentía fue invadido repentinamente por ansiedad. Algo estaba mal.

Él inclinó la cabeza hacia Ry-Gaul.

—Me quedé sin palabras cuando Solace me dijo que estabas vivo. Cada Jedi que encontramos es un regalo. Encontrar a alguien que conocía... alguien cuya pérdida había llorado... —Ferus vaciló. Sus ojos estaban húmedos.

—Te recuerdo bien —dijo Ry-Gaul—. No recordaba que fueras tan emotivo.

—He cambiado.

—Todos nosotros hemos cambiado —esto era lo máximo que Ry-Gaul había hablado en más de un día.

—Ferus, todos sentimos lo de Roan —dijo Solace—. Ahora es uno con la Fuerza.

—Era uno de los mejores —dijo Clive—. La galaxia se ha reducido.

Ferus no se dio por enterado de sus comentarios. De nuevo, la ansiedad envió sus zarcillos a las entrañas de Solace. El Ferus que ella conocía habría dicho algo, habría estado de acuerdo o habría compartido cómo se sentía.

—No podemos arriesgarnos a mantener una larga comunicación, así que Solace no pudo darme detalles —dijo Ferus, cambiando el tema abruptamente a Ry-Gaul—. ¿Cómo escapaste de la Orden 66?

—Estaba en una misión que sólo Yoda y Mace conocían —dijo Ry-Gaul—. Iba de incógnito, viajando como si no fuese un Jedi. Algunos científicos me acogieron —un hombre y su esposa. Desaparecieron, y los he estado buscando. Tobin Gantor y Linna Naltree.

—Pero Linna Naltree está aquí —dijo Ferus—. Trabaja para el Imperio. Bajo coacción, creo. Ella fue la que ayudó a escapar a Trever de la guarnición cuando Amie fue capturada y... —Ferus se detuvo. Tragó saliva.

Aun no puede pronunciar el nombre de Roan, se percató Solace.

—¿Podemos sacarla? —preguntó Ry-Gaul.

—No lo sé —dijo Ferus—. No sé qué presión estará ejerciendo Vader sobre ella. Puedo intentar hablar con ella.

Ry-Gaul exhaló.

—Me alegro de que ella esté aquí y no en alguna prisión. Eso era lo que temía. Mientras buscaba, encontré a otros científicos que habían desaparecido.

Ferus asintió.

—Han sido reclutados por el Imperio para un gran proyecto grande. Todavía no sé lo que es. Sólo el Emperador, Vader, y tal vez el Moff Tarkin conocen su extensión. Están haciendo investigaciones, construyendo algo muy grande. Tal vez están creando toda una ciudad prefabricada y la colocarán en alguna parte. Suena a locura, pero los planos están a esa escala.

—¿Cuál es el plan para rescatar a Amie? —preguntó Solace. Apartó su desasosiego. ¿Qué era, de todas formas? ¿Algo en sus ojos? ¿Alguna perturbación en la Fuerza? ¿Algo en la forma en la que realmente no la estaba mirando?

—Habla de ello después de que os introduzca en la ciudad —dijo Ferus—. Los Once enviaron un equipo para terminar un túnel debajo del lago cerca de la plataforma de aterrizaje. Tendréis el elemento sorpresa a vuestro favor. —Ferus vaciló—. No puedo deciros cuánto desearía poder acompañaros en esta misión.

—Tonterías —dijo Solace enérgicamente—. Te tenemos dentro del territorio Imperial. No podemos sacarte para esto.

—Tengo programada una cita con Hydra, el Inquisidor Principal, en Coruscant —dijo Ferus—. Tendré acceso a la lista de posibles Jedi. Eso quiere decir que podríamos encontrar a otros. En todo caso, estaré lejos cuando el plan se lleve a cabo.

—Darth Vader intentará culparle de todas formas —dijo Clive—. Él es así de sucio. —Los ojos oscuros de Clive tuvieron un indicio de pesar en ellos—, pero tú estás familiarizado con su crueldad —dijo quedamente.

Era el segundo reconocimiento que Clive había hecho del dolor de Ferus, y Solace esperaba que Ferus se volviese a Clive, para dejarle saber de palabra o gesto que lo había oído, pero no lo hizo.

En lugar de eso, sintió un pequeño temblor en la Fuerza que rodeaba a Ferus. El nombre de Vader lo había originado.

—Podemos usar mi transporte para entrar en la ciudad —dijo Ferus—. Este vehículo tiene autorización automática a través de los puntos control.

—Que mal que no podamos utilizar esta monada en nuestra huida —dijo Clive, observando el aerodeslizador.

—Todas las autorizaciones automáticas se suprimen cuando se produce un —informó Ferus—. No llegaríais lejos, tenemos cubiertos los puntos de control de otro modo.

—¿Has visto a Vader desde que saliste de la celda de contención? —preguntó Solace. Ella no estaba interesada en la respuesta tanto como en la reacción de Ferus ante el nombre.

La cara de Ferus se tensó.

—Dejó la guarnición para ir a las montañas —dijo él.

Solace lo sintió otra vez. El Lado Oscuro de la Fuerza tocaba a Ferus como una sombra. Ella quería decirle que tuviese cuidado, pero ése no era el momento ni el lugar adecuado.

—Tengo que regresar a la guarnición ahora —dijo él—. Os dejaré cerca de la casa refugio, no quiero llevar un vehículo imperial demasiado cerca de ella.

Estaba mintiendo. Ella lo sabía. No sabía por qué. Quizá era una mentira inofensiva, pero Ferus nunca antes le había mentado.

Subieron al transporte. Ferus despegó, pilotando la nave expertamente a través de las abarrotadas vías espaciales y atravesando los puntos de control. Dejó a Solace, Clive, y Ry-Gaul en una esquina desierta.

—Que la Fuerza te acompañe, Ferus —dijo Solace. Ella puso capas de significado en sus palabras.

—Os veré en Coruscant —contestó él, dando la espalda a su preocupación.

Entonces despegó.

—Echaré un vistazo por los alrededores —dijo Clive—. Me aseguraré de que no nos han seguido antes de dirigirnos a la casa refugio.

Tan pronto como Clive se marchó, Ry-Gaul habló.

—¿Estás segura de Ferus? —preguntó.

—Ayer habría dicho que sí —dijo Solace—. Pero también lo siento. Algo le ha ocurrido desde que Roan murió. El Emperador le soltó de esa celda, incluso después de atacar a Vader.

Los ojos de Ry-Gaul eran plateados a la luz moribunda.

—Siento el Lado Oscuro de la Fuerza. Sólo una vibración, nada más.

—Todos hemos sido tentados por la cólera —dijo Solace—. Él ha perdido a su compañero, alguien que era para él la persona más cercana.

—Así que ahora está luchando con la aflicción —dijo Ry-Gaul—. El peligro, por supuesto, está en si su aflicción se transforma en cólera.

—Su mejor naturaleza ganará —dijo Solace—. La Fuerza es intensa en Ferus. Recordará el camino del Jedi.

Ry-Gaul miró a su alrededor mientras las sombras se alargaban en torno a ellos.

—Es una galaxia nueva —dijo él.

Era un comentario que Solace comenzaba a entender era típico de Ry-Gaul. Parecía meramente una observación, pero decía mucho más.

En esta nueva galaxia controlada por el Imperio, las sombras eran más profundas. Hubo cavernas en las que caer, huecos muy profundos, lugares traicioneros donde incluso los mejores seres podían perderse. Las personas podían cambiar. No era de extrañar que cuando se veían hablaran tanto de estar cambiando. Habían cambiado, y seguían cambiando; eran duros y se volvían más duros. Su furia y su pesar podrían inclinarles hacia un lugar que el Lado Oscuro de la Fuerza podía alcanzar.

No a Ferus, se dijo Solace a sí misma. Eso nunca le ocurrirá a Ferus.

CAPÍTULO CINCO

Ferus había sentido la preocupación de Solace, debería haber disimulado mejor. Tendría que aprender a hacerlo. Imaginaba que Palpatine era un maestro en ello: había engañado a un Senado entero, después de todo, sin mencionar al Consejo Jedi.

El recuerdo de lo que había hecho en la guarnición todavía le agobiaba. Había temido que Solace lo captara... y así había sido.

También le había mentado, no iba a volver a la guarnición. No podía soportar decirles a dónde iba, porque no podía soportar decir el nombre de Roan delante de ellos. Era entonces cuando surgía la cólera y le ahogaba.

Había algo más que tenía que hacer antes de dejar Bellassa, tenía que visitar a la familia de Roan.

Una vez también habían sido su familia. Ferus había llegado a Bellassa sin amigos y solo. Había vivido toda su vida en el Templo Jedi, allí había habido suficiente soledad y contemplación, pero siempre estabas rodeado por la vibrante vida y energía del lugar, te sentías conectado. Cuando llegó a Ussa se había sentido como si la gravedad no surtiese efecto en él, como si simplemente flotase a través del espacio y el tiempo, sin conectarle a nada ni a nadie. Entonces Roan se hizo amigo suyo y le devolvió al suelo, le dio un hogar.

Ferus tuvo cuidado de dejar el deslizador imperial en un punto de control y dar un largo paseo hasta la casa de los padres de Roan. Ahora vivían en una casa diferente, bajo otro nombre. Se había vuelto demasiado peligroso para ellos vivir al descubierto como la familia de Roan. Roan había restringido sus visitas en el último año. Ferus no los había visto en absoluto.

Se detuvo frente a la puerta, sabiendo que el sensor estaba revisándole en busca de armas. Su sable láser sería detectado y se activaría una alerta en el interior. Pero le reconocerían y le dejarían entrar.

La puerta se abrió. La madre de Roan, Enna, extendió su mano. Las lágrimas brillaban intensamente en sus ojos.

—Ferus. Has venido.

Él avanzó hacia su abrazo.

—Tenía que hacerlo.

Ella le condujo dentro. Puso una mano en su mejilla.

—Gracias.

Él la siguió hasta la habitación principal. El padre de Roan, Alexir, se puso en pie y le abrazó.

—Gracias por venir —, su voz estaba ronca.

Los sentimientos surgieron a través de Ferus, desorientándole. Se sentía como un droide torpe de protocolo con un mal servomotor, tropezando con los saludos de los amigos íntimos de Roan que se habían reunido siguiendo la tradición bellassana de los Nueve Días de Luto. Nadie dejaría la casa de Alexir y Enna hasta que los nueve días

hubiesen pasado, y entonces el grupo alternaría visitas durante nueve semanas. Ferus conocía bien la tradición. Había participado en ella tres años antes cuando la querida Tía Lilia de Roan había muerto.

Ferus se sentó al lado de Enna. Esto también era tradición. El último en llegar siempre se sentaba junto a la madre.

—Ahora la familia está completa —dijo Enna.

Alexir se volvió hacia Ferus.

—Cuéntanos —dijo—. Sólo sabemos que murió en la guarnición.

Esto era para lo que había venido, pero Ferus no podía encontrar las palabras.

Enna le miró a los ojos, reconfortándole con su mirada.

—Debes contárnoslo todo.

Sabía que le culparían. Pero les debía la verdad. Era por eso por lo que había venido. Era por eso por lo que había temido venir.

—Roan se ofreció voluntario para la misión. Un equipo entró en la guarnición para colarse en los ordenadores y descubrir lo que están haciendo realmente los imperiales en las fábricas. Fuimos descubiertos. Darth Vader apareció. Yo llegué. —Darth Vader asumiría que estaba de su parte. Ya sabéis... ahora trabajo para el Imperio. Al menos, eso es lo que parece.

—Roan nos contó todo en su última visita —dijo Enna, tocando su brazo—. Nunca creímos que estuvieras trabajando verdaderamente para ellos.

Ferus se aclaró la voz. No se sentía digno de la confianza y el afecto de ese cuarto. Debería ser Roan el que estuviese allí. Él era un pobre sustituto de su hijo, y aun así eran tan amables que morirían antes de dejar que lo sintiera.

—Estaba hablando con él, intentando convencerle de que dejase a Roan y a Amie bajo mi custodia. Estaba en medio de una frase, en mitad de una palabra. No hubo advertencia. En un momento Vader estaba allí parado, al siguiente su sable láser... —Ferus se detuvo cuando sintió que Enna se sobresaltaba—, Roan cayó al suelo —continuó Ferus, obligando a las palabras a pasar a través de su garganta constreñida—. Me arrodillé a su lado. Su último mensaje para mí fue que permaneciese en silencio, que no le vengase. Su último pensamiento no fue para sí mismo —sintió el estremecimiento profundo de Enna—. Debería haber sabido que Vader atacaría —dijo Ferus.

—No podías saberlo —le reconfortó Alexir.

—Nos alegramos de que estuvieses con él —dijo Enna—. Él habría querido que estuvieras con él. Eso me reconfortará siempre.

No le culparon. Le incluyeron en su pesar. Ferus sintió que podía venirse abajo. Se levantó rápidamente y salió del cuarto.

Entró atropelladamente en la cocina. Los platos cubiertos se alineaban en las encimeras, la despensa estaba llena... la comida había sido traída por los afligidos parientes. Era una costumbre por toda la galaxia. ¿Para qué servía? se preguntó. Era un ritual para los donantes, supuso, no para esos que se sentaban con su pena hora tras hora. Nada los ayudaría.

Él no había traído nada a esa casa excepto los detalles de la muerte.

Se alejaría de todo ese pesar y sabría que él era el responsable. Por supuesto que le habían dicho que no pudo haber anticipado el movimiento de Vader. No comprendían a los Jedi. No sabían que cualquier Jedi digno de su entrenamiento lo habría anticipado.

Ferus golpeó con el puño en la encimera.

—No rompas los platos de Enna —dijo una voz detrás de él—. Ya sabes lo que siente por ellos.

Él se dio la vuelta. Le llevó un minuto reconocer a quien había hablado.

—¿Malory?

—La misma —ella le dedicó una pequeña sonrisa—. Un poco cambiada de cuando me viste por última vez.

Había sido durante los Nueve Días de Luto de su madre. Malory era la hija de Lilia, la prima hermana de Roan. La recordaba como una jovencita, delgada y pálida, con su pelo largo y sedoso del color de la luz de la luna. Ahora su pelo estaba corto y parecía más madura, manteniendo su mirada con una mirada directa y amistosa que le recordó a Roan de repente. Un dolor fresco le atravesó.

—Siento mucho lo de Roan —dijo ella—, no tengo ninguna palabra para ti... ninguna.

Las simples palabras le tocaron, y quiso girarse para esconderlo, pero no lo hizo.

—Lo sé.

Malory se movió hacia la encimera y comenzó a preparar té. Ferus se sentó, admirando su sensibilidad. Le estaba dando un momento para recuperarse.

—¿Qué has estado haciendo estos últimos años? —preguntó él.

—Fui estudiante de medicina en Coruscant —dijo ella—. Realice todas mis prácticas durante las Guerras Clon. Me entrené en Campal.

Ferus asintió. CanPal era la instalación hospitalaria en Ciudad Galáctica renombrada por ser una de las mejores de la galaxia.

—Entonces el Emperador asumió el control de la instalación. —Malory frunció el ceño mientras trataba de alcanzar una bandeja—. Al principio no estuvo tan mal, pero ahora... —se encogió de hombros—. Ahora se llama EmPal QuiRecon. —Centro de Reconstrucción Quirúrgica del Emperador. Comenzamos a rechazar a los pacientes no humanos. Los mejores doctores y el personal comenzaron a abandonar, y reclutaron a otros. Cuando terminé mi entrenamiento me ofrecieron un trabajo, pero dije que no. No trabajaré para el Imperio, así que me marché y regresé a casa. Aquí me necesitan más, de todas formas.

Ella colocó la tetera y las tazas en la bandeja. Ferus había estado escuchándola a medias, pero algo resonó entre el montón de palabras. Trató de alcanzarlo.

Escuchó la voz de Palpatine en su cabeza. Yo le creé.

La armadura corporal de Vader, su máscara de respiración, su casco.

¿Podría ser que Vader recibiera sus implantes de avanzada tecnología en el proyecto favorito del Emperador?

Malory alzó la bandeja.

—Espera —dijo Ferus.

—¿Quieres un poco de té? —le preguntó Malory educadamente.

—No —dijo Ferus—. Pero me gustaría tener tu ayuda.

—Pide lo que quieras. Eres de la familia.

—Necesito que aceptes ese trabajo en el EmPal.

Cuidadosamente, Malory dejó la bandeja.

—Ferus, pídemme cualquier cosa, pero no me pidas que haga eso.

—Es para vengar la muerte de Roan —dijo Ferus.

Su mirada se fijó en él, leyéndole. Ella tomó aire.

—Entonces acepto.

CAPÍTULO SEIS

Jenna Zan Arbor estaba haciendo esperar a Darth Vader. Sin duda era una táctica de algún tipo. Ella no sabía lo irritable que se ponía cuando los seres pensaban que podían manipularle. Lo aprendería.

Él había bajado al hangar como una muestra de respeto que no tenía pero que quería demostrar. La nave había aterrizado, pero ella no había salido. Habría pensado que ella tendría más en cuenta el respeto que le debía, por no mencionar el hecho de que ella esperaba firmar un contrato con el Imperio.

Lo que ella no sabía era que él la necesitaba más de lo que ella le necesitaba a él, por lo que todavía estaba allí de pie.

El aire en las montañas era poco denso y cortante. Un viento crudo se llevó la capa superior de nieve por los aires, las partículas heladas mordían la piel descubierta. Otra tormenta estaba de camino. Vader sabía que las tropas y los oficiales no estaban contentos de dejar las relativas comodidades de Ussa. No les gustaba el traicionero terreno montañoso o la forma en la que los locales seguían borrando rastros o construyendo trampas para sus aerodeslizadores. El Señor Oscuro ignoraba las quejas. Las montañas se habían convertido en un refugio para los Once. Había cientos de resistentes escondidos allí arriba, por lo que el lugar debe ser purgado.

Estaba a un segundo de marcharse cuando Jenna Zan Arbor apareció en la parte superior de la rampa, vestida con una túnica metálica de cueris con plumas negras, con su todavía pelo rubio amontonado a gran altura en un peinado ridículo. Ella hizo una pausa, para crear un efecto. ¿Se suponía que tenía que admirarla? Supuso que había sido bella en su día, pero eso fue hace mucho tiempo. La cirugía y los tratamientos habían conservado su piel lisa y tersa, pero era una mujer humana, después de todo. La vida que había vivido puede que no se mostrase en arrugas o hundimientos, pero en cierta forma la corrupción de su interior era evidente.

¿Y qué parece tener?, ¿veinte años?

La sacudida de la voz se alzó en su mente. Sintió elevarse el calor dentro de su armadura corporal. Esa voz... debía desterrarla. Para siempre. Era la voz de Padme. Era la voz que oía en mitad de la noche, despierto y durmiendo. Era la que le sacaba de su descanso inquieto y lo conducía a acechar por los confines de la guarnición, vigilando a aquellos que trabajaban por la noche, convirtiéndose en el azote del turno de noche.

Era por lo que Ferus Olin había pasado de ser una molestia mezquina a convertirse en un problema. No se trataba de Ferus en sí —él era insignificante— sino de los recuerdos que se filtraban cuándo estaba alrededor. Mirar a Ferus le recordaba a Darth Vader a Anakin Skywalker. Antes de que llegase Ferus había podido pensar en Anakin como en otra persona completamente diferente.

Había obtenido mucha satisfacción al matar a Roan Lands. No lo había planificado, pero la oportunidad se hubiera presentado, y había sido la solución perfecta. Le había

quitado a Ferus lo que le habían quitado a él. Había vencido a su enemigo y le había derribado.

Había sido tan fácil. Se había sentido tan satisfecho.

Sus noches, sin embargo, no habían sido fáciles.

Entonces el Emperador había intervenido. Había sido una sorpresa, por no decir más, que su Maestro hubiese arreglado la liberación de Ferus. Incluso le había dado una nueva tarea. Vader todavía no sabía por qué. Podría ser simplemente una prueba... para él, Ferus era un títere en las manos de su Maestro. Pero la liberación de Ferus le había enfurecido, y eso le había ayudado a restaurar su equilibrio. Su fiebre de cólera volvía a ser hielo. Ahora él estaba al mando.

Excepto por las noches.

Lo que tenía que hacer era centrarse en el momento. Observó a Zan Arbor descender la rampa. Ella tenía la misma vitalidad quebradiza que había tenido cuando la conoció hacía tiempo. La había conocido cuando había sido un aprendiz de Jedi. Entonces ella había sido un criminal galáctico. Él la había rastreado a través de la galaxia, la había atrapado. Pero ella no le reconocería ahora.

Él no quería pensar en Obi-Wan Kenobi. No quería pensar en Anakin Skywalker. No podría funcionar si esta mujer le recordaba el pasado. Por mucho que la necesitase, la despediría si ese fuera el caso.

Con un esfuerzo de voluntad, ahuyentó a los fantasmas de su pasado.

—Lord Vader —ella se detuvo y se inclinó en una reverencia—. No me di cuenta de que tenía el honor de su recepción personal. Habría salido antes.

—No inicie nuestra relación con una mentira —dijo Vader.

Por un momento, ella quedó estupefacta. Entonces sonrió.

—De acuerdo. Le hice esperar para establecer poder. Es algo que tengo la costumbre de hacer. De ahora en adelante, acordemos ser honestos en nuestras negociaciones. Es más eficiente.

—Precisamente —el sabía que ella mentiría de todas formas, pero también podían tener la ficción de que confiaban el uno en el otro.

Entraron en su oficina privada, la cual estaba monitorizada constantemente para descubrir dispositivos de escucha. Nadie podría averiguar lo que estaba a punto de hacer.

Ella se acomodó en una silla, arreglando su túnica en pliegues a su alrededor.

—Ahora —dijo ella—, sé que el Imperio está interesado en sistemas de entrega de armas en una escala masiva. No es mi especialidad... pero—

—No está aquí por eso.

—Ah. ¿Entonces cuál es la razón?

—Me han llegado rumores sobre una nueva droga en la que está trabajando —dijo Vader—. Está a punto de perfeccionar un agente que puede afectar a áreas específicas del cerebro.

—Sí. Un agente de memoria. Puede buscar recuerdos y borrar áreas específicas. Está relacionado con el tiempo. En otras palabras, debería ser capaz de bloquear una semana,

o un mes, o incluso años, si fuera necesario. He descubierto que hay líneas cronológicas en el cerebro, líneas cronológicas que pueden ser mapeadas... Es muy técnico.

—¿Ha probado la droga en humanos? —Ella cambió su posición en la silla—. Sólo unos cuantos. Es difícil... conseguir sujetos humanos. Por eso le hice una petición al Emperador para acceder a los prisioneros.

—Puedo obtener para usted sujetos humanos —dijo Vader lacónicamente—. Eso no es un problema. Así como ayuda técnica y financiera.

—Sujetos humanos... sí, los necesito, pero no a cualquiera —dijo Zan Arbor—. Poder definir claramente las líneas cronológicas puede ser confuso si hay demasiada experiencia. En esas primeras etapas, necesito empezar con... sujetos más impresionables. Con experiencia limitada.

—Ya veo. Puedo arreglar eso —dijo Vader—. Y a cambio...

Ella esperó, con sus ojos azules alerta. Sabía que habría que establecer un trato.

—Usted debe, por supuesto, renunciar a todos los derechos del procedimiento, cediéndolos al Imperio.

Zan Arbor sacudió la cabeza.

—Nunca he renunciado a los derechos de mi trabajo. Es mi integridad.

Él había esperado esto. Era parte de la negociación.

—No obstante, debo insistir —dejó pasar un momento—. Además de los beneficios de no rechazar una petición del Imperio... —dejó escapar las palabras, dejando que ella masticase las implicaciones de ello. Ella tragó. Vader continuó—. ...podemos resolver los arreglos financieros necesarios para que usted se lleve los beneficios si el procedimiento tiene éxito. Estamos menos interesados en las ganancias que en el uso de su descubrimiento.

Ella dejó que se asentase. Él conocía su avaricia mientras se le garantizasen beneficios, renunciaría a cualquier cosa.

—Asumiendo que podamos llegar a un acuerdo financiero —dijo ella—, hay algunas otras cosas que querría.

Él agitó una mano enguantada para que continuase.

—Un apartamento en la torre Republica 500.

La torre que el Emperador usaba para sus habitaciones privadas. Los apartamentos eran lujosos, difíciles de conseguir, los senadores maniobraban y sobornaban para conseguir uno. Contendas de toda una vida habían comenzado a raíz de la competencia por esos apartamentos.

—Hecho —dijo Vader.

—¡En un piso alto! —le advirtió—. También, una presentación personal con Raith Sienar, y una nave estelar diseñada por él, reconstruida con mis especificaciones personales. Pagada por el Imperio.

—De acuerdo.

—Un pase de seguridad de alto nivel para que no tenga que detenerme en los controles de cualquier parte de la galaxia. Consume mucho tiempo.

—Un derecho otorgado sólo a los oficiales de nivel más alto, como él mismo o Moff Tarkin —pronto Grand Moff.

—De acuerdo.

Ella pareció sorprendida pero luego se mostró astuta. Sabía que ella estaba sorprendida de lo fácil que él había cedido a esas cosas y estaba tratando de pensar en pedir más.

—Entonces tenemos un trato —dijo esto rotundamente, advirtiéndola de que no debía seguir.

—Pendiente del acuerdo financiero, sí.

Algo dentro de él se relajó. Si ella tenía éxito, si él estaba seguro de que su procedimiento era a prueba de tontos, tendría una salida de sus pesadillas.

Padme se iría.

Anakin Skywalker se iría.

Sólo serían nombres que oiría de pasada. No dejarían ninguna impresión en él. Si su amo se lo recordaba, lo cuál le gustaba hacer algunas veces, para probarle y atormentarle, escucharía que una vez había amado a alguien y no significaría nada para él.

Padme, sólo serás un nombre para mí. Nada más. ¡Y eso es todo lo que te mereces por tu traición!

Volvió su atención a Zan Arbor.

—He hecho los arreglos para que tenga una asistente. Linna Naltree se ha entrenado en los mejores institutos científicos. Tiene una vasta experiencia en estudios neurales. Ambas pueden trabajar en los laboratorios Imperiales en Coruscant.

—¿Y los sujetos humanos?

—Se los enviaré dentro de poco.

CAPÍTULO SIETE

Los voluntarios de los Once habían establecido turnos y habían trabajado durante dos noches en el túnel. Había sido un trabajo peligroso. Las patrullas imperiales se movían alrededor del Lago Piedralunar en patrones y turnos aleatorios. El agua fría del lago requería trajes especiales, y los voluntarios tenían que permanecer sumergidos durante largos períodos. Al final, los voluntarios no podían garantizar que el túnel fuese completamente hermético, pero pudieron añadir suficientes metros para acercarse al hangar.

Solace, Ry-Gaul, y Clive encontraron la entrada sabiamente escondida en las rocas, detrás de un portal holográfico.

El trío se arrastró a través de la pequeña abertura y siguieron avanzando lentamente por el túnel.

—Esto es divertido —comentó Clive, con el barro por las muñecas mientras avanzaba—. Recordadme que le de las gracias a Ferus por esto.

Ry-Gaul no dijo nada, por supuesto. Era un hombre alto, y aun así parecía moverse con gran facilidad a través del barro, incluso sobre sus manos y rodillas. Solace ya estaba veinte metros por delante.

Clive suspiró. ¿Qué estaba haciendo allí de todas formas, arrastrándose a través de barro debajo de un lago medio helado? Él no era un Jedi. Él no tenía el control mental para fingir que no sentía dolor. El agua gélida goteaba a través del túnel provisional por encima de su cabeza. Serpenteaba hacia abajo por el cuello de su túnica. Había pensado que nada podría ser peor que una prisión imperial.

Bueno, esto podría ser peor, admitió para sí mismo. ¿Por qué le ocurría siempre esto? Había decidido permanecer neutral en las Guerras Clon, y había acabado siendo un agente doble. Bien, al menos lo había hecho por los créditos que le habían pagado. ¡Pero aquí estaba, involucrado en la Resistencia de un mundo que ni siquiera era su planeta natal, trabajando con dos Jedi que apenas conocía mientras su colega Ferus estaba ausente codeándose con los favoritos del Emperador!

Al principio había pensado que ayudar a Ferus sería pan comido. Y, bueno, no había tenido nada mejor que hacer. Había esperado estar escondiéndose en algún tugurio cómodo y esperando el final del Imperio. Tenía que caer tarde o temprano. ¿Por qué tenía que involucrarse dándole un empujón? En realidad se había ofrecido voluntario para esto.

Tendría que revisar su punto de vista sobre la lealtad. Eso era. Le debía un favor a Ferus, y había conocido a los compañeros de Ferus, y ellos le habían aceptado, así que él había creído que se lo debía. Y así era. ¿Pero cuánto? ¿Incluía eso gatear sobre sus manos y rodillas por el barro y arrastrarse hacia soldados de asalto armados hasta los dientes?

Con cada logro en el avance, el agua ascendía. Pronto avanzarían a través de medio metro de lago helado... y seguía subiendo. El plastoide por encima de su cabeza estaba empezando a fracturarse.

El lago era tan grande que tenía mareas. ¿Alguien había investigado eso? ¿Qué pasaría si la marea entraba?

Con tales pensamientos por compañía, Clive se sorprendió cuando Solace dejó de moverse y alzó una mano para que se detuvieran. El techo del túnel estaba ahora a escasos centímetros sobre su cabeza. Era casi plano. Si se tumbase, estaría bajo el agua.

Ella les hizo señas de que habían llegado al final del túnel. Eso significaba que estaban totalmente en territorio imperial.

Justo a tiempo. Y en su experiencia, las fuerzas del Imperio estaban normalmente en el lugar. Tocó su cinturón de utilidades para asegurarse de que su bláster estaba allí. Era un hábito nervioso. No era la clase de tipo tirador; él prefería armamento más inusual. Ry-Gaul y Solace le habían dicho que si todo iba de acuerdo con el plan, él no tendría que disparar en absoluto.

En su experiencia, nada iba nunca según lo planeado.

Sus dientes comenzaron a rechinar de frío y nervios. Clive cerró su mandíbula con fuerza. A veces ser valiente era sólo hacer lo que habías dicho que harías.

Solace alzó cinco dedos: la cuenta atrás. Eso significaba que los soldados de asalto habían salido con Amie y la conducían hacia el transporte. Él no podía ver nada excepto el brillo de los dedos de Solace y la negrura más allá.

Cinco

Cuatro

Tres

Dos

Uno

¡Vamos!

Encontró que podía moverse rápido si tenía que hacerlo, pero no tan rápido como Ry-Gaul y Solace. Corrió, moviendo los codos. Solace había desaparecido en la negrura que tenían delante. Entonces Ry-Gaul salió disparado por la abertura y Clive se abrió camino a través de ella.

Emergió en una playa rocosa de arena negra. Los ojos de los Jedi debían haberse ajustado inmediatamente, pero a él le llevó algunos momentos más el ver a través del temprano amanecer y de la rápida lluvia helada. La plataforma externa de aterrizaje refulgía delante. No había luces encendidas. Apenas podía distinguir algún droide de carga en modo inactivo. Le llevó varios parpadeos ver las figuras que caminaban rápidamente hacia una nave negra. Los soldados de asalto rodeaban a una pequeña figura, empujándola hacia adelante de los codos. Algunas veces sus pies se arrastraban y ellos tiraban bruscamente.

Los soldados de asalto no habían visto a Solace ni a Ry-Gaul todavía. Los Jedi se estaban moviendo de manera tan sigilosa y tan rápidamente que Clive apenas podía verlos. Su trabajo consistía en mantenerse apartado de la batalla y coger a Amie.

A través de la lluvia vio el arco giratorio de los sables láser. Ry-Gaul alzó una mano y toda una línea de soldados de asalto salió disparada hacia atrás como empujado por un

turbomatillo. No podía ver a Solace, sólo el rastro de la luz moviéndose a través del aire mientras los cuerpos se estrellaban contra el pavimento. Entonces las rachas de fuego láser atravesaron la negrura como grietas en un vaso. Durante todo ese tiempo él estuvo corriendo, con los pulmones doliéndole. Podía oír su respiración jadeante.

Había visto a Ferus utilizar su sable láser, pero Clive sintió una nueva sensación de asombro al ver a los dos Jedi en acción. Era movimiento perfecto, coordinación perfecta. Para dos Jedi que rara vez entrelazaban una frase, sabían cómo comunicarse. Ry-Gaul y Solace hacían que acabar con dos pelotones de soldados de asalto armados con blásters y explosivos pareciese fácil.

Todo ocurrió rápidamente. Él sabía que no podían esperarle, pero se estaba rezagando. Amie estaba en peligro.

Ella debía de haber estado fingiendo su debilidad, porque de repente empezó a correr escapándose de sus captores, lanzándose al suelo y rodando bajo la rampa de la nave. Clive tanteó buscando su bláster pero ya estaba en su mano mientras se zambullía bajo el otro extremo y la encontraba. Sus ojos estaban claros y determinados, pero él también podía ver su miedo.

—Se supone que vienes conmigo —dijo él.

Ésta era la parte dura. Confiar en los Jedi. Ellos le habían dicho que tenía que correr, no pensar en los blásters a su espalda, que le protegerían. Sólo tenía que coger a Amie y marcharse.

Él no era bueno en confiar en alguien para que vigilase su espalda, pero Amie no parecía tener el mismo problema. Ella asintió, y corrieron, con Clive escudándola como mejor podía. Podían oír las explosiones detrás de ellos pero no se giraron. El permacreto estaba resbaladizo por la lluvia pero ellos lo pasaron como una exhalación, dirigiéndose hacia el borde del lago.

Estaban casi al final del permacreto cuando las luces de seguridad se encendieron repentinamente a toda potencia. Clive oyó el fuego rápido de un bláster de repetición E-Web, lo cual era algo que definitivamente no quería oír a tu espalda.

—¡Salta! —gritó. Bajaron de un salto la cuesta hasta la playa, rodando hacia la oscuridad. Clive acabó con un bocado de arena.

Se puso en pie escupiendo y maldiciendo. Ayudó a Amie a levantarse y corrieron por la playa. Él sabía que en cualquier momento aparecerían las luces de búsqueda barriendo el área, pero ellos no tenían que ir muy lejos. Amie estaba empezando a quedarse sin aliento, y se sujetaba un costado.

—Casi estamos —gruñó él.

Los Once había preparado una sorpresa más: otro portal, éste escondido en la ladera rocosa que se elevaba hasta el acantilado que dominaba el lago. Vio a Dona levantarse de las rocas mojadas como un sello. Ella les llamó por señas.

Atravesaron el portal cuando las luces de búsqueda se encendieron y barrieron la costa. Avanzaron por el pasaje de roca, moviéndose rápido. El pasaje estaba ingeniosamente oculto, con rocas y algas colocadas por encima por lo que era invisible

desde el aire. A veces tenían que gatear, pero consiguieron subir por el acantilado sin ser detectados.

Alcanzaron la cima y salieron a una pequeña área de estacionamiento para aerodeslizadores. Ese lugar elevado de observación había sido una vez un sitio popular pero había quedado abandonado con la llegada del batallón imperial.

El cabello grisáceo de Dona estaba trenzado a su espalda. Estaba vestida como un sacerdote ussano, los que llevaban los cadáveres al entierro y conducían carretas blancas tiradas por bestias nativas llamadas dhunas.

Amie dejó escapar una risa sofocada.

—¿Ésta es mi escapatoria? ¿Estando muerta?

—¿Alguna objeción? ¡Vamos!

Amie se deslizó dentro de la carreta blanca adornada con flores. Dona cerró rápidamente el panel que cubría la parte trasera. Ella comenzó a conducir al dhuna con ruidos dulces que eran como cantar, los cánticos que los sacerdotes hacían mientras paseaban por las calles. Ella condujo desde el camino de la playa hasta la vía pavimentada.

Clive corrió a lo largo del permacreto, con los pulmones ardiendo. Tenía que dar un rodeo y atravesar un área arbolada hasta llegar a una vía pública principal del Distrito Piedralunar.

Había recorrido la ruta ayer. Si todo iba según lo planeado, encontraría a un miembro de los Once esperándole.

Todos habían echado una mano. Amie pasaría de mano en mano, de carreta a deslizador y de deslizador a trineo gravitatorio. Luego vendrían los Jedi. Mientras Amie se acercara a la casa refugio, los ayudantes se irían retirando hasta que sólo quedase el equipo original.

Había que atravesar múltiples puntos de control. Distracciones que llevar a cabo. Todavía no se había acabado. Incluso ahora sin duda las alarmas estaban sonando en las guarniciones imperiales por toda la ciudad.

Amie estaba libre, pero no estaba a salvo. Todavía tenían un largo camino que recorrer.

CAPÍTULO OCHO

Trever encontró su camino lentamente hasta su clase de vuelo. Resultó que había mapas en quioscos centrales a través del complejo: sólo que nadie se lo había dicho. Cada mapa le daba pequeñas porciones del trazado, así que nunca estaba realmente seguro de si estaba yendo en la dirección correcta.

No se preocupaban por los mapas, pero habían conseguido colgar enormes carteles láser que decían SEGURIDAD, PROTECCION, JUSTICIA, PAZ en cada pasillo principal. Y holoproyecciones del Emperador en días mejores, antes de sus horrendas cicatrices.

Odiaba esa escuela. Estaba diseñada para humillar y controlar. Bueno, por supuesto que lo estaba. Era dirigida por el Imperio para modelar pequeños imperiales que se convertirían en grandes y malvados imperiales.

Llegó a clase a escasos segundos del comienzo. Para su consternación, Kestrel estaba allí, el estudiante que se suponía que era su consejero, pero el cual, él estaba perfectamente seguro, resultaría ser su torturador. Kestrel estaba al frente, hablando con el instructor, quien resultó ser el Teniente Maggis.

Gracias por las indicaciones, señor.

Kestrel vio a Trever y exhibió una arrogante sonrisa. Pasó entre los otros estudiantes y fue hacia él.

—Hey, Fortin. Quince degradaciones en tu primer día. No es exactamente un comienzo estelar.

—No estoy preocupado —dijo Trever.

—Deberías —contestó Kestrel, poniendo su mano sobre su bláster falso—. Podría decidir darte otra.

Trever estaba a punto de acabar con todo y decirle a Kestrel lo que pensaba en realidad cuándo divisó a Lune al otro lado de la habitación. Eso le dio el autocontrol que necesitaba. Pensó en Ferus, en lo hondo del territorio enemigo. Ahora empezaba a entender qué tipo de autocontrol debía ejercitar Ferus para aguantar un solo día. Lune era mucho más joven que él, así que estaba sorprendido de ver que estaban en la misma clase. Pero debería haber sospechado que la habilidad con la Fuerza del niño le colocaría en vuelo avanzado.

Maggis llamó al orden a la clase, distrayendo a Kestrel. Trever se movió hacia Lune. El niño no le había visto todavía, y él no quería que Lune le traicionase pareciendo asombrado o gritando.

En lugar de eso, Lune le sorprendió. Por supuesto que lo hizo. Estaba próximo a ser espeluznante, la manera en la que sabía cuando había alguien detrás de él. El Maestro Jedi Garen Muln había trabajado con él en «tácticas de conciencia» cuando todos habían estado en el asteroide. Ahora Garen era prácticamente un fantasma, sus poderes habían disminuido, pero todavía era un buen maestro. Trever quería pensar que las «tácticas de conciencia» eran simplemente palabrería Jedi, pero realmente parecía funcionar.

—Dile a mi madre que estoy bien —dijo Lune sin volverse, tan pronto como Trever estuvo dentro del radio de alcance de su voz.

—Díselo tu mismo. Voy a sacarte de aquí —contestó Trever.

Lune alzó un hombro ligeramente, pero Trever captó el significado: Buena suerte.

—Hoy, despreciables cabezas huecas, vamos a pasar a la simulación de vuelo —anunció Maggis—. Notad la palabra clave, simulación. No confiaría en ninguno de vosotros para que me diese una vuelta por un aparcamiento espacial. Ahora escoged un compañero y decidid quién será el piloto y quién el copiloto sin volaros la cabeza y comenzaremos.

Fue una suerte que Trever y Lune estuviesen juntos. Como nuevos reclutas, era natural que formasen una pareja.

Llegaron a uno de los simuladores de vuelo y entraron en la cabina.

—Tengo cuidadores especiales —dijo Lune una vez que estuvieron dentro—. Espías que me observan. Creo que informan a Maggis. Kestrel es uno. Él y su amigo Flinn. Nunca estoy solo.

—No hay problema —dijo Trever—. He salido de lugares peores —no estaba seguro de que fuese cierto, pero sonó bien.

Lune tomó el asiento del piloto y Trever se colocó en el de copiloto. La ventana de la cabina era una pantalla hológrafa en blanco. De repente cobró vida con naves.

—Estáis en medio de una batalla —la voz de Maggis salió por el sistema de comunicación—. Rojo contra azul. Los pilotos vuelan. Los copilotos atacan al enemigo.

Trever cogió los controles del cañón del láser de su ARC-170.

—Sólo fijación visual de blancos —dijo Maggis, su voz resonó a través del comunicador de la cabina—. Nada de ordenadores de puntería en este ejercicio.

—Esto debería ser divertido —dijo Trever.

Apuntó el cañón a una nave cercana, centrando su mira en ella.

—¡Trever, somos azules! —gritó Lune—. ¡Dispárale a los rojos!

—¡Oops! —Trever giró el cañón y apuntó a una nave roja en el monitor. Apretó el gatillo. La nave estalló en la pantalla.

—¡Soy un tirador asombroso! —alardeó Trever.

—Cuidado, Capitán Asombroso, hay uno acercándose por nuestra izquierda —dijo Lune, llevando la nave hacia abajo.

El programa de batalla era complicado y rápido. Además de competir contra los otros estudiantes, tenían otros obstáculos a los que enfrentarse. Era una batalla a gran escala, y de repente Destrucción Estelares y Tricazas entrarían en el espacio aéreo. Los droides zumbadores surgirían repentinamente. Los asteroides se dirigían hacia ellos. Trever pasó un buen rato eliminando a los otros cazas, pero sabía que no habría durado un minuto sin Lune en el timón. El niño parecía saber cuándo los perseguiría un ARC-170 antes de que se registrase en la pantalla.

Uno a uno, los otros equipos del simulador de vuelo fueron eliminados del cielo. Pronto sólo quedaron Trever y Lune con Kestrel y su compañero, Flinn.

—Creo que deberíamos dejarles ganar —murmuró Lune mientras llevaba la nave en una subida pronunciada—. No queremos atraer demasiada atención.

Trever se tomó un momento antes de mirar a Lune.

—O podríamos ganarles y volver loco a Kestrel.

Lune sonrió abiertamente.

Kestrel era un buen piloto, pero Lune era mejor. Lune se quedó por encima de ellos, volando rápido, tan rápido como el simulador le permitía, y nunca perdió el control. Les dejó que le persiguieran. El programa soltó un campo de asteroides en la pantalla: Lune los esquivó fácilmente. Uno de ellos golpeó una de las alas de Kestrel.

—Eso es. Ahora tendrá problemas de control. Voy a entrar —murmuró Lune—. Prepárate.

Trever se encorvó sobre los controles.

—Vamos.

Lune estaba tranquilo mientras llevaba la nave en un arco. Entonces giró repentinamente a la derecha y descendió.

—Yo te diré cuando disparar.

Trever se habría molestado, pero sabía que la habilidad de Lune era mayor que la suya.

—Ahora. Armas de estribor.

Trever disparó los cañones láser de estribor y Lune hizo giro brusco hacia estribor. Pareció simultáneo, lo que haría que el disparo se perdiera, pero fue un segundo antes, y el disparo fue en la dirección correcta. Kestrel ya les estaba disparando, pero el fuego cruzó el espacio. El disparo de Trever dio en el blanco. La nave de Kestrel explotó.

Trever dejó escapar un grito de pura alegría. La clase vitoreó y abucheó, dependiendo de sus lealtades. Kestrel tenía sus defensores, pero la mayor parte de los reclutas más jóvenes habían estado vitoreando a Lune y a Trever.

Salieron de la cabina del simulador. El cuello de Kestrel estaba rojo brillante mientras salía al mismo tiempo. Uy, pensó Trever. Le habían humillado. Eran reclutas novatos, y le habían ganado.

¡Sííí! ¡Ketel garganta rubí! quiso abuchear Trever, pero se tragó el insulto.

Maggis llamó al orden.

—Ese ha sido el despliegue más patético que he visto nunca —dijo disgustado—. He visto bebés en la enfermería lanzando bloques con más puntería. Debería suspenderos a todos. Divinian, fuiste el único en mostrar algo de habilidad. Fortin, tienes un deficiente.

—¡Pero si volé a Kestrel! —protestó Trever.

—Escuché ese grito. Mostraste emociones. Eso va contra las normas imperiales. Hazlo de nuevo en una cabina y lo siguiente que harás será comer bazofia en una bandeja de los Cuerpos Mineros.

Kestrel le sonrió burlonamente.

—Mañana daremos un vistazo a algunas naves auténticas en el hangar, así que quiero que reviséis vuestros manuales. Estrujad vuestros enclenques cerebros. Retiraos. En otras palabras, fuera de mi vista.

La clase entró en movimiento mientras las campanas resonantes y las luces intermitentes les urgían a apresurarse.

Kestrel fue detrás de ellos.

—Vas cayendo en picado, Fortin —dijo.

—¿Tu crees? Parece que eres tu el que acaba de salir ardiendo —contestó Lune.

—Yo no me haría amigo de Fortin si fuese tú, Divinian —dijo Flinn, acercándose a Lune e inclinándose sobre él adentro—. No va a durar mucho tiempo. Muy pronto será un trabajador autómatas en un planeta minero.

—Tal vez —dijo Trever—. Pero sé algo seguro —acabamos de superaros en vuelo, en armamento y ante la clase.

Kestrel abrió la boca enfadado, pero justo entonces pasaron bajo la fija mirada de Maggis, quien estaba parado en la puerta con los brazos cruzados. Los miró bajo sus gruesas cejas negras.

—Probablemente ese no fue el mejor movimiento —murmuró Trever mientras entraban en el remolino de reclutas en el vestíbulo—. Fue lo más estúpido que podíamos haber hecho.

—Sí —dijo Lune alegremente—, pero aun así fue genial.

Trever miró por encima de su hombro. Maggis todavía les observaba.

—Mejor me voy. No creo que deban vernos juntos. Tan pronto como tenga un plan, te encontraré.

—Yo ya tengo un plan —dijo Lune—. Reúnete conmigo en la sala común una hora después de que apaguen las luces esta noche.

CAPÍTULO NUEVE

Ferus estaba desesperado por recibir noticias, pero estaba viajando con un grupo de oficiales imperiales y no podía mostrar su agitación mediante la más diminuta mirada o el más mínimo gesto. Sabía que para entonces la operación en Ussa debería haber sido completada. Amie debería estar en la casa refugio de los Once. Pero no se había enviado la señal codificada. Algo debió haber salido mal.

La nave imperial descendió hacia la atmósfera interior de Coruscant. Se dirigieron hacia la atestada plataforma de aterrizaje imperial de alta prioridad. Ferus no estaba acostumbrado a llegar a Coruscant de forma tan oficial. Había tenido que entrar y salir escondidas del planeta varias veces, y no había sido fácil. Ahora los permisos se completaban en minutos, y pronto le hicieron pasar a un lujoso aerodeslizador que le llevó directamente hacia una de las pequeñas plataformas de aterrizaje privadas del complejo del Senado. Allí un escolta militar le saludó y le llevó hasta la oficina de los Inquisidores, varios niveles por debajo de la oficina de Palpatine en la Torre del Senado.

La sargento le dejó en la puerta de la oficina de Hydra. Pasó su mano sobre el sensor antes de dar media vuelta y alejarse.

Un pequeño y delgado humanoide se levanto mientras Ferus entraba. No podía distinguir si Hydra era varón o hembra, pero supuso que era una hembra. No podía adivinar su planeta natal. Una capucha cubría su cabeza y llevaba la túnica granate oscuro del equipo de Inquisidores, el color que siempre le recordaba a Ferus a sangre oscura. Sus ojos eran de un color plateado pálido. Ella se retiró la capucha y su reluciente cráneo brilló a través de una ligera capa de pelo. Su voz era ronca.

—El Emperador Palpatine me ha puesto a su servicio.

Ferus inclinó la cabeza.

—Estará al cargo de la búsqueda de adeptos a la Fuerza. Hemos progresado. Tengo una lista de posibles para usted. Puede utilizar mi puerto de datos. —Hydra alzó un brazo rígidamente y señaló una consola—. Ya he introducido mi contraseña.

Ferus asintió.

—Me gustaría comenzar tan pronto como sea posible.

—Entonces, comience.

Ferus se sentó ante la consola. La base de datos ya se había cargado. Le echó un vistazo.

—Verá que ha sido ordenada en términos de importancia.

El número uno era un «varón humano, alto, pelo plateado, constitución fuerte, planeta natal desconocido», que se había escabullido de una trampa de soldados de asalto sólo una semana antes. Ry-Gaul. Ferus se sintió mejor de repente. Realmente habían rastreado a un Jedi. Tal vez esta lista resultaría ser valiosa. Podría ayudar a Ry-Gaul, podría colocar al Imperio tras una pista falsa que le concedería a Ry-Gaul una oportunidad de desaparecer completamente.

Ferus examinó la lista. Algunos de los informes parecían prometedores. Un piloto en el Borde Medio que hacía viajes de contrabando al Núcleo y había realizado varias escapadas extraordinarias de los imperiales. Un maestro que había salvado el solo a una escuela llena de niños de un terremoto repentino con tal habilidad y velocidad que había llamado la atención. Un cazarrecompensas. El informe de un niño en Alderaan que había parecido sentir el peligro antes de que ocurriese, salvando a su cuidadora. A Ferus eso le sonaba a coincidencia. Lo clasifico en último lugar. El piloto, el maestro, y el cazarrecompensas sonaban prometedores.

Pensar que de ellos podía ser un Jedi fue el primer rayo de luz en los oscuros días desde la muerte de Roan.

—Estudiaré esto y se lo devolveré con prioridades —dijo Ferus—. Necesitaremos una nave con hipermotor.

—Ya se ha solicitado. Yo le acompañaré.

Qué suerte, pensó Ferus. Hydra hacía que el anterior Jefe de Inquisidores Malorum pareciese el alma de la fiesta.

* * *

Hydra quería despegar inmediatamente, pero Ferus se las arregló para retrasar el viaje hasta el día siguiente, alegando que necesitaba hacer investigación adicional.

Al fin estaba libre del Imperio.

Con sus credenciales, Ferus se desplazó con facilidad a través de los puntos de control del complejo del Senado. Atravesó la entrada del EmPal y encontró a Malory Lands esperándole en el área de recepción. Iba vestida con las ropas blancas que llevaba todo el personal sanitario.

—Parece que conseguiste un trabajo —dijo Ferus.

—No fue difícil —respondió ella—. Sígueme.

Le condujo a través de un laberinto de pasillos, lleno de puertas cerradas. Finalmente llegó a una en la que se leía UNIDAD de RADIOLOGIA. Le dio a Ferus ropa de protección, y él se la puso rápidamente.

Dentro, la habitación zumbaba a causa de la maquinaria. Una cámara grande de transpaciocero ocupaba el centro, rodeada de puertos de datos y pantallas.

—Terapia avanzada para procedimientos post-quirúrgicos —le explicó Malory—. Las máquinas que hay aquí están cuidadosamente calibradas. Cualquier equipo de vigilancia causaría que se fundieran los circuitos y severas anomalías. Éste es el único lugar que conozco dónde es seguro hablar.

—¿Está todo el lugar bajo vigilancia?

—Creo que no, pero las áreas principales están monitorizadas —dijo ella—. Es sólo una precaución. Hay droides de vigilancia patrullando, pero supuestamente es por seguridad. Principalmente es un rumor entre el personal. Dicen que no pueden mantener conversaciones privadas. Creo que es más probable que haya espías entre ellos que obtienen recompensas por informar a los gerentes. Difícil de decir por el momento —se encogió de hombros—. La mayoría de centros médicos son remolinos de rumores, éste

no es una excepción. Incluso hay un rumor acerca de un fantasma. Puedo ver por qué — este lugar es espeluznante.

Ella sonrió, y por un momento Ferus vio a la mujer joven dentro de la experta profesional.

—¿Puedes conseguirme acceso a los archivos?

—Estamos de suerte. Todas las oficinas de archivos están totalmente ocupadas durante el día, así que realmente no hay ninguna posibilidad de estar sólo. Pero... hay un técnico en el turno de noche llamado Jako. Va a ser despedido pronto, sólo que él no lo sabe. Él sigue trayendo socios, ellos siguen pidiendo transferencias, o si no se van. Tengo amistad con la directora de personal —le dije que mi primo necesitaba un trabajo. Así que estás dentro. Puedes librarte de Jako con algún engaño. No es muy brillante.

—¿Podemos hacerlo esta noche?

—Claro. Sólo hazme un favor. Que no te cojan. Hay rumores de médicos que han desaparecido. No me importa ayudarte, Ferus, pero me gustaría conservar mi salud.

Ferus miró a Malory, con su mirada tan parecida a la de Roan, y habló sinceramente.

—No dejaré que te ocurra nada. Moriría primero.

Ella sonrió, y el recuerdo de Roan le golpeó otra vez.

—Sólo intenta que yo no sea la segunda.

CAPÍTULO DIEZ

Los ussanos siempre comenzaban su día laboral temprano, en la oscuridad, a fin de que pudiesen acabar por la tarde para aprovecharse de la larga luz del atardecer. En Ussa, el crepúsculo se llamaba «la hora interminable». En ese momento era cuando las familias atestaban los cafés y los niños jugaban en los parques. En aquel tiempo que todos los ussanos todavía podían recordar, antes de que el Imperio llegase.

Antes de la salida del sol, atestaban las calles y las vías espaciales con aerodeslizadores, llenando autobuses, y apresurándose a lo largo de las anchas avenidas. Ese amontonamiento era un elemento crucial en el plan para rescatar a Amie.

Todos los miembros de los Once había hecho correr la voz, incluso a aquellos sin trabajo, y a los conductores de aerobús, a los aerotaxis, a los peatones.

Inundad las calles y las vías espaciales, habían dicho. Cread tráfico, tal vez un accidente o dos. O tres. Pero tenían que ser cuidadosos, tenía que parecer natural. No podían poner en peligro a sus niños otra vez.

Muchos se mostraban poco dispuestos, especialmente aquellos a los que les había quitado a los niños sólo una semana antes. Pero el poder de los Once y que una súplica personal de Wil los hizo decantarse por la causa.

Clive había oído hablar acerca de la ya legendaria cooperación de gente de Bellassa. Sabía que prácticamente todos los ciudadanos apoyaban a los Once. Ésta era una de las razones por las que Ferus había podido operar durante tanto tiempo, nadie le traicionó. El Imperio no podía reclutar ningún espía, pero tenía que admitir que desde fuera estaba mirando con ojo clínico a la Resistencia bellassana. En su experiencia, los seres podían ser nobles, pero sólo hasta cierto punto. El interés propio siempre saldría victorioso.

Así que quedó aturdido cuando los ciudadanos de Ussa lo arriesgaron todo y tomaron las calles.

El tráfico congestionado era la tapadera perfecta. Los puntos de control estaban saturados. Aerodeslizadores remoloneando, aerobuses averiados. Los peatones se arremolinaban en pequeñas muchedumbres, dispersándose en las vías del tráfico rodado. Y en la confusión, Amie pasó de vehículo en vehículo.

En los puntos de control, los soldados de asalto no podían manejar a las masas, así que trineos gravitatorios y aerodeslizadores esporádicos eran capaces de abrirse paso y desaparecer en el caos del otro lado o por callejones que corrían detrás de muchas de las serpenteantes calles. Pronto las guarniciones enviarían más tropas de asalto, pero les llevaría tiempo antes de que pudiesen manejar la ciudad.

El trabajo de Clive consistía simplemente en mantener la vista en Amie e intentar aumentar el caos. Él hizo su parte, pilotando un aerodeslizador y después abandonándolo para bloquear una vía, saltando a bordo de un trineo gravitatorio y conduciéndolo por los callejones traseros para mantener a Amie a la vista, la cual estuvo ahora a bordo de un deslizador diferente. Su último viaje era de nuevo con Dona, esta vez en un esquife

utilitario que los Once habían blindado y modificado en secreto para darle agilidad y velocidad extra.

Todo el tiempo aparecieron más y más patrullas. Las vías aéreas estaban ahora llenas de vehículos merodeadores que intentaban descubrir la posición de Amie, pero incluso los temidos merodeadores lo estaban teniendo difícil para distinguir entre los vehículos y peatones que atestaban las calles.

Estaban casi en el último punto de control. Ésa era la parte complicada. No había duda. Clive sabía que los Jedi debían estar a su alrededor en alguna parte, pero eran deslumbrantemente buenos en ocultarse cuando tenían que hacerlo.

A pie ahora, desaceleró hasta ir caminando. Podía ver a Dona delante en el punto de control, varios vehículos detrás en la fila. A Wil le habían asignado la tarea de crear la distracción. De repente una gabarra de basura volcó, lanzando con fuerza material hediondo por la calle. Los aerodeslizadores chocaron, un aerobús dejó caer a todos sus pasajeros, y los peatones se alejaron de la basura directamente hacia el punto de control. Al mismo momento Dona dio marcha atrás con el esquife, maniobró alrededor del punto de control, y entonces salió disparada hacia adelante.

Ella lo habría conseguido. Hasta donde Clive podía decir, todo había salido de acuerdo con lo planeado. Pero no podían preverlo todo. No podían prever el aerodeslizador lleno de soldados de asalto que habían enviado como refuerzos.

El aerodeslizador despegó detrás de Dona.

Clive estaba en pie. Nadie en fila había reaccionado a la persecución. La fila del punto de control seguía moviéndose. Enseñó su identificación y avanzó. Entonces aceleró el paso y se unió rápidamente al paseo peatonal. Tan pronto como estuvo fuera de la vista de los guardas, comenzó a correr.

Dona se detuvo a un lado. Ella sabía que la desintegrarían si no lo hacía. Estaba muy lejos de él, y él esquivó a los peatones, intentando mantenerla a la vista sin que fuese demasiado evidente. Él vio su mano entregando su identificación. El soldado de asalto la mandó salir.

Un soldado de asalto empezó a comprobar la información, mientras otros dos fueron a la parte trasera del esquife. El estómago de Clive se retorció mientras ellos retiraban la lona, pero Amie había sido escondida más ingeniosamente que eso. Examinaron los diversos artículos del esquife.

Clive acababa de decidir su siguiente movimiento cuando una rayo láser atravesó de repente el frontal del aerodeslizador imperial. Acertó al soldado de asalto sentado en el asiento del piloto. El disparo no le mató sino que le aturdió. Cayó atrás, su casco golpeó el asiento.

Flame emergió de entre la muchedumbre. En un salto volador, lanzó fuera del asiento al soldado de asalto de una patada y colocó dentro. El aerodeslizador se lanzó hacia adelante, haciendo que se apartaran los dos soldados de asalto que inspeccionaban la parte trasera del esquife.

Mientras el primer soldado de asalto echaba mano a su bláster, Flame saltó sobre la parte de atrás del esquiñe y después en el asiento piloto. Dona volvió a subir a bordo de un salto y el esquiñe despegó. El fuego láser cruzó velozmente el aire. Los peatones se lanzaron al suelo en la autopista. Clive podía ver a Ry-Gaul y a Solace, ocultos por la colisión múltiple de aerodeslizadores, interceptar el fuego con sus sables láser cuando podían.

Los soldados de asalto corrieron hacia su aerodeslizador. Ignoraron a su camarada herido y entraron de un salto.

Clive sabía que la siguiente maniobra de los Jedi sería enfrentarse con los soldados de asalto directamente, probablemente mediante uno de esos gigantescos saltos Jedi ayudados por la Fuerza que sin duda les expondrían a todo y les convertiría en el objetivo de una cacería a gran escala.

Metió la mano en su cinturón de utilidades y sacó dos objetos pequeños. Los lanzó tan fuerte como pudo y observó con satisfacción como acertaban a dos tubos de escape del aerodeslizador.

El motor repulsor ardió, y después murió. El soldado de asalto golpeó el panel de mandos. El motor arrancó y murió otra vez.

Flame y Dona estaban bien lejos para entonces. Clive se dio la vuelta y se fue paseando por un bulevard que intersectaba. Es asombroso lo que pueden hacer unas peladuras de fruta y un poco de sintoplástico. Caer directamente en un tubo de escape y atascarlo justo lo suficiente para privar a un deslizador del empujón necesario de aceleración. ¿Quién necesita un bláster cuando tienes buenas herramientas?

* * *

—Está herida —dijo Dona.

Dona sujetaba a Flame cuando entraron tambaleándose en el refugio. Amie se apresuró a entrar detrás. Los demás avanzaron hacia ellas llenos de preguntas, pero Amie alzó una mano.

—Quedaos atrás. Estoy bien. Que alguien me traiga el kit médico.

Todos ellos observaron como bajaban a Flame al suelo. Ella echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Clive volvió a tener una sensación familiar.

La he visto antes.

Amie le administró bacta y un analgésico.

—No es grave —le dijo a Flame—. Te sentirás mejor en un par de minutos.

Flame asintió, mordiéndose el labio.

Sólo entonces dejó Amie que Wil se acercase a ella. Él abrió los brazos y ella entró en ellos.

—Flame, estamos en deuda contigo —dijo Wil.

Sin abrir los ojos, Flame dijo:

—¿Confíais ahora en mí?

—Confiamos en ti —dijo Amie.

Pero Clive todavía no estaba seguro.

Algo le picaba. Y cuando le picaba, se rascaba.

Sabía que no se desharía de esa molesta sensación hasta que hiciese alguna indagación. Toma había sido el que les había hablado de Flame: la había conocido en el mundo natal que compartían, Acherin.

Clive suspiró. Lo último que quería era hacer un viaje en secreto a un planeta que había oído estaba en medio de una guerra civil. Pero parecía que ahí era donde iba.

CAPÍTULO ONCE

Ferus entró en fila con el resto de trabajadores del turno de noche. Llevaba puesta la túnica de médico blanca con sus etiquetas de identificación alrededor del cuello. Nadie le dedicó una segunda mirada. Siguiendo la descripción de Malory se abrió paso a través de los pasillos hasta la puerta con el letrero «CENTRO de INFORMACIÓN». Pasó su tarjeta sobre sensor y oyó el chasquido con alivio. Malory había prometido que podría hacerle entrar, y lo había cumplido.

Por fin había recibido el código de «todo en orden» que Wil le había enviado desde Bellassa. Amie estaba a salvo. Sólo esperaba que no hubiese un contraataque masivo por parte del gobernador imperial.

Allí, en el turno de noche, no había mucho que hacer para los técnicos de información, así que no había mucho personal. Un doctor o un médico residente podía pedirles que ingresaran a un paciente, pero el EmPal ya no tenía una unidad de emergencia que admitía a todos los ciudadanos de Coruscant que necesitaban cuidados. En lugar de eso, los pacientes eran elegidos por los médicos. Los altos costes limitaban esas admisiones a Senadores y a las personas de corporaciones ricas que ahora atestaban Ciudad Imperial.

Un joven regordete estaba sentado ante la consola, masticando una comida consistente en patatas fritas y una barrita de proteínas.

—Hey, el nuevo —dijo mientras Ferus entraba.

Ferus se sentó en la otra silla.

—Ty Ambler —dijo, dándole el nombre que ponía en su tarjeta de identificación.

—Jakohaul Lessor —contestó el otro—. Llámeme sólo Jako. Acabas de conseguir el trabajo más dulce en el EmPal, amigo. No hay mucho que hacer aquí.

—Me parece perfecto —dijo Ferus—. Soy alérgico al trabajo duro.

Jako se rió.

—Lo secundo —empujó el plato grasiento hacia Ferus—. ¿Quieres una patata?

—No gracias. Tengo que familiarizarme con el sistema.

—No te vuelvas loco. En este departamento nos gusta tomárnoslo con calma.

Ferus comenzó a inspeccionar la base de datos y la hojeó de una forma aparentemente casual. Se centró en los registros del final de las Guerras Clon, cerca del momento en el que había aparecido Darth Vader por primera vez.

Mientras Jako masticaba ruidosamente a su lado y ponía una carrera de vainas en su videopantalla, Ferus buscó entre el material. Nada le llamó la atención. EmPal había pasado de ser un centro médico abierto a todos a una instalación médica exclusiva y un centro de reconstrucción biomecánica. No podía encontrar ningún registro de procedimientos extraordinarios o evidencia de un encubrimiento. No obstante, no había esperado que fuera fácil.

Jako terminó su comida y empujó hacia atrás su silla rodante para apoyar los pies sobre la consola. Cruzó los brazos sobre su pecho. Ferus esperaba que se durmiera. El

siguiente paso era adentrarse profundamente en el sistema, buscando códigos de seguridad que pudiese decodificar. Pero el sistema podría activar alarmas o destellos que Jako podría ver de su posición.

—Escucha, chico nuevo, voy a echar una cabezada —dijo Jako—. No me despiertes si el trabajo llama. ¡Y no te asustes del fantasma! —se rió con satisfacción.

Ferus se quedó aliviado mientras se cerraban los ojos de Jako.

El fantasma. Malory también lo había mencionado.

—¿Qué fantasma? —preguntó.

Los ojos de Jako se abrieron repentinamente, pero no parecía molesto por ser perturbado.

—Ocurrió hace un año —dijo, bajando la voz hasta llegar a un susurro ronco—. Cerca del final de las Guerras Clon. Se oyó un grito. Un grito tan terrible y tan fuerte que resonó por todo el edificio e hizo los sensores se volvieran locos. Se decía que un médico perdió el oído. Permanentemente. Los trabajadores sanitarios buscaron y buscaron la fuente del sonido, pero no había... nada. Por aquel entonces sólo había un puñado de pacientes. Parecía que había venido de todas partes y de ninguna, pero ningún paciente lo había hecho. —La voz de Jako había decrecido a un leve susurro—. Era como si todos los muertos de las Guerras Clon hubiesen lanzado sus gritos mortales al mismo tiempo y después hubiesen regresado a la muerte.

Ferus sabía que en su forma ligeramente incoherente Jako estaba tratando de asustarle, y lo había conseguido. Solo que no de la manera que había pensado.

Jako le guiñó un ojo.

—Disfruta el turno de noche.

Cerró los ojos otra vez, y, sonriendo, se quedó dormido en segundos.

Ferus pensó una vez más en las prótesis de Vader. Eran extensas, desde una máscara de respiración pasando por una visión mejorada hasta posibles extremidades artificiales. Estaba bastante seguro que Vader tenía al menos una mano artificial. Y estaba regulado por lo que parecía ser un complejo biosistema dentro de ese traje.

Por primera vez, Ferus se preguntó qué horribles lesiones debía de haber sufrido. ¿Qué le habría pasado a ese tipo?

Había estado persiguiendo la idea equivocada. Vader, quienquiera que fuese, debía haber sufrido un dolor terrible.

Ferus se volvió hacia su consola. Desechó los registros médicos que había estado mirando. Allí no habría ninguna mención, ni siquiera detrás de los escudos de seguridad. De repente estuvo positivamente seguro de eso. En su lugar, accedió a los planos del edificio.

En todas partes y en ninguna.

Sus instintos le habían señalado algo, y él sabía que estaba en lo correcto. Darth Vader había nacido en alguna parte de ese edificio.

CAPÍTULO DOCE

La carrera de Sano Sauro podía estar arruinada, pero no se había acabado. Todavía tenía favores que pedir, y si los senadores y los funcionarios pensaban que simplemente se iría, se iban a llevar una gran sorpresa. Había estado cerca del poder, y lo estaría otra vez.

Su oficina en el Senado, esa enorme cámara que había pregonado su poder a los cuatro vientos... había desaparecido, entregada al senador de algún gran sistema del Núcleo que había apoyado al Emperador y tenían que agradecerse. Sauro fue insertado en una diminuta oficina en el nuevo edificio de la Marina Imperial. Su trabajo consistía en supervisar la nueva Academia Naval. ¡Una escuela, en comparación con sistemas enteros!

Y, para empeorar las cosas, aquellos por debajo de él que le habían servido, los tontos que habían hecho simplemente lo que él había querido pero nunca habían sido capaces de trazar un plan original por sí mismos —tontos como Bog Divinian— eran ahora gobernadores imperiales. Ejerciendo poder sin saber qué hacer con ello.

Sauro tosió en su pañuelo. La bilis dentro de él le daba molestias. Sus noches eran inquietas, sus días estaban llenos de amargura. Tenía que salir de allí. Tenía que alzarse de nuevo, y tenía que vengarse de aquellos que le habían traicionado o, peor, de los que le habían apoyado.

Su asistente, un imbécil enviado por la oficina imperial de administración, entró, con apariencia nerviosa.

—Una comunicación para usted, Lord Sauro.

—No soy un lord. Llámame Senador Sauro.

—Pero usted ya no es un... Senador.

—¡Eso no importa! —rugió Sauro—. ¡Sigo teniendo el título!

—Senador Sauro, una comunicación para usted.

—¿Quién es? Estoy ocupado.

—Lord Vader. Él es un lord, ¿verdad?

Los ojos de Sauro se abrieron como platos.

—¿Has dejado esperando a Lord Vader? ¡Pásalo a mi hololínea privada inmediatamente, idiota!

Estaba rodeado de imbéciles.

Se dio la vuelta mientras la pequeña holoimagen aparecía en la superficie de su escritorio.

—Saludos, Senador Sauro.

—Es un honor para—

—Estoy trabajando en un proyecto con una base estrictamente 'sólo lo que necesitas saber'. Estoy buscando un recluta de la Academia Naval que se presente voluntario para el proyecto.

—Por supuesto, lo arreglaré de inmediato. ¿Algún requisito? ¿El primero de su clase? ¿Hijos e hijas de aquellos que gozan de favor?

—No. Evite esos. Y cualquier hijo de Senadores, alguien que podría hacer preguntas. La discreción es la clave. Algún recluta hambriento, alguien desesperado por ascender. Empezaremos con un recluta y seguiremos con otros si es necesario.

—Podría preguntar—

—No, no puede. Simplemente envíeme un estudiante.

—Inmediatamente, Lord Vader.

Sin una palabra más, el holograma se desvaneció.

¿Cómo se suponía que iba a hacer eso? Él no se relacionaba con los mocosos reclutas. Ni siquiera podía nombrar a uno. Tendría que confiar en Maggis, su segundo al mando, para que escogiera.

Sauro sonrió. Aun así eran buenas noticias. Por fin, un favor. El ascenso de su carrera estaba a punto de comenzar.

Tamborileó con los dedos en su escritorio. Lo que haría esto aún más dulce sería si él pudiese dar alguna retribución al mismo tiempo. ¿No estaba el hijo de Bog Divinian alistado en la escuela? Para Sauro estaba claro que fuese cual fuese ese proyecto, no era algo en lo que quisieras que se involucraran tus hijos. Sería una venganza deliciosa.

Vader le había dicho que el recluta debería tener un perfil bajo. Él no podía ignorar la orden directa.

Pero si Bog ofrecía voluntariamente a su hijo... Eso sería diferente.

Solo que no sabría que estaba siendo manipulado para hacerlo.

Dado el nivel de inteligencia de Bog, eso no sería un problema. La clave para conseguir que Bog hiciese algo, había descubierto Sauro, era hacerle pensar que estaba siendo excluido.

Se volvió hacia su comunicador. Era el momento de que Maggis llamase a Bog para tener una reunión padre-consejero.

* * *

Poco tiempo después, Bog Divinian se sentaba en la silla frente a Maggis ante su escritorio.

—¿Entonces, cómo lo está haciendo mi niño?

—Bastante bien —dijo Maggis—. Siempre hay un período de ajuste. Y como me dijo que su madre no estaba de acuerdo con su entrenamiento, asumo que tardará un poco en adaptarse.

—Yo no asumiría eso —dijo Bog, irritado por la sugerencia—. Es un buen chico. Un chico listo. Acepta bien las órdenes... al menos cuando su madre no está cerca. ¡Hablando de mala influencia! —Él se rió, pero Maggis no se le unió.

Bog no sabía cómo Maggis había aterrizado en ese puesto. Sólo Sauro estaba por encima de él. Maggis pareció perezoso y en baja forma, dos rasgos que Bog no imaginaba que se tolerasen en el código imperial. Tal vez a Sauro le gustaba colocar incompetentes en puestos por debajo de él para hacerse ver mejor.

Era sólo el comienzo del Imperio. Había montones de maniobras para conseguir poder en marcha. La crema se elevaría hasta la cima. Tal y como él había hecho.

Una luz se iluminó en la consola de Maggis.

—Discúlpeme, tengo que contestar —dijo Maggis.

Molesto, Bog no se movió. ¡Qué tipo tan descarado, contestando una llamada cuando Bog estaba allí! Probablemente algún padre gruñón vigilando a su hijo o hija.

—Es el Senador Sauro —dijo Maggis dijo intencionadamente.

—Hey, Sano es amigo mío. Estoy seguro de que no le importará si escucho.

Antes de que Maggis pudiese moverse, Bog se estiró por encima del escritorio y puso la comunicación en modo holográfico. Maggis no podía hacer nada: Bog era gobernador imperial.

Sano apareció en holoforma. Bog estaba frente al monitor.

—Hey, sorpresa, viejo amigo, soy yo. Me alegro de verte. Tenía intención de llamarte, acabo de llegar a Ciudad Imperial —en realidad no, llevaba allí una semana.

—¿Dónde está Maggis? —preguntó Sauro.

Maggis se movió hacia adelante.

—Aquí, señor.

Sauro vaciló. Bog sabía que Sauro no quería que se quedase, pero no podía pedirle que se marchara. Bog estaba ahora varias muescas por encima de él en cuanto a rango, y su acreditación de seguridad era ahora más alta. Bog sonrió, disfrutando de la incomodidad de su antiguo mentor.

—Adelante, Sano-Mano —dijo Bog—. Tal vez yo pueda ayudar.

—Maggis, necesito un recluta voluntario para un proyecto especial —dijo Sauro—. Él o ella debería ser inteligente y también tener una lealtad incondicional hacia el Imperio. Por consiguiente, nada de reclutas nuevos. Esto viene directamente de la oficina de Lord Vader, así que asígnele máxima prioridad.

—¿Cuál es la naturaleza del proyecto, señor?

—Eso es confidencial —dijo Sauro cortante—. Quiero un nombre esta noche.

—Pero tendría que obtener permiso parental—

—No hay tiempo. Simplemente siga mis instrucciones.

El holograma se desvaneció.

—Parece que está en un aprieto, joven —dijo Bog.

Maggis ignoró el comentario. Se sentó pesadamente.

A diferencia de Maggis, Bog se sentía eufórico. ¡Vader! ¡Qué suerte! Bog no podía imaginar cuántos puntos políticos se anotaría metiendo a Lune en el programa.

—Voy ayudarle con esto, Maggis —dijo él—. Voy a ofrecer a mi hijo como voluntario. No podría pedir un chico mejor. Listo. Sigue órdenes. Leal.

—Es muy joven. Y acaba de llegar. El Senador Sauro especificó reclutas mayores.

—En realidad no. Tiene que aprender a escuchar cuidadosamente. Él dijo 'lealtad incondicional hacia el Imperio'. Eso es algo diferente. Eso es lo que tiene mi hijo.

Maggis clavó los ojos en él.

—No sé si yo... caracterizaría a su hijo de ese modo.

—Yo sí. Un chico especial. —Bog se reclinó hacia atrás—. Creo que usted querría tener éxito con esto. Complacer a Lord Vader —no debería tomarse eso a la ligera. Yo hablaría con Sauro, también. Diciéndole lo útil que fue. Estoy seguro que quiere tener éxito en el trabajo. Todos nosotros queremos verle tener éxito. Tiene un futuro tan brillante delante de usted.

Maggis movió una duralamina de una esquina de su escritorio a otra. A Bog no le preocupaba su reticencia. Aceptaría. Lealtad. De eso se trataba el Imperio. Aquellos que la practicaban recibirían sus recompensas, Maggis sabía eso.

Maggis se aclaró la voz.

—Gobernador Divinian, recomendaré a su hijo para el proyecto, por supuesto.

CAPÍTULO TRECE

Mientras volaba a baja altura sobre las llanuras y ciudades de Acherin, Clive quedó aturdimado por la devastación. El planeta había sido condenado a volver a tiempos pre-tecnológicos. La infraestructura había sido destruida por completo. Los ciudadanos vivían entre escombros.

Cuando comenzaron las Guerras Clon, Acherin se había librado de algunos roces con el conflicto. Se habían puesto del lado de los Separatistas y estaban protegidos por un equipo orbital de naves de guerra de la Federación de Comercio. Sus industrias eran demasiado valiosas para perderlas. Pero un movimiento creciente en Acherin comenzó a ponerse del lado de la República, y después de que las guerras acabaron, la oposición al Imperio era fiera y vocal. Entonces llegaron las tropas imperiales, estableciendo guarniciones, y asumiendo el control de las industrias principales. Incluso los defensores de los Separatistas se unieron a la rebelión.

Los acherinos lucharon con ferocidad pero fueron derrotados. Fue durante el control imperial cuando se desató una guerra civil entre facciones largamente enfrentadas. Las facciones estaban concentradas en dos ciudades, la antigua ciudad de Eluthan y la más grande y centro de negocios más cosmopolita de Sood. Los imperiales habían cerrado sus guarniciones y habían trasladado todas las fábricas fuera del planeta. Acherin ya no les era de ninguna utilidad. Dejaron el planeta sin ley, sin gobierno, sin red eléctrica.

Y ahora la devastación que dejaron atrás estaba siendo convertida en polvo por los propios acherinos.

Cuando Clive había estado en la base del asteroide, había pasado el tiempo hablando con sus cuidadores, Toma y Raina, nativos de Acherin. Él sabía de sus vidas antes de que el Imperio hubiese invadido el planeta. Sabía lo que había sido Acherin. Ahora veía hasta que punto un ser podía ser derrotado y quebrantado. Tendrían que reconstruir su civilización de la nada sin los recursos para hacerlo. Pero aun así, las dos facciones combatían entre sí por el control, y como resultado no podían hacer ningún progreso.

Durante su viaje había logrado contactar con Toma. La comunicación con el asteroide era complicada y había tenido que intentarlo una y otra vez. Cuando consiguió hablar con Toma, limitaron su conversación, pues no querían que captasen alguna señal. Pero Toma había logrado darle las indicaciones que necesitaba.

Toma había conocido a Flame en la clandestinidad, así que sólo había sabido su nombre en clave. Ella había aparecido después de que llegara el Imperio. Toma había sido el comandante del brazo militar de la Resistencia, así que no había tenido mucho contacto directo con Flame. Pero un amigo de confianza se había puesto en contacto con él mediante una cuenta secreta de comunicaciones que él había establecido y le dijo que un antiguo camarada necesitaba su ayuda.

El bloqueo del planeta había terminado, y fue fácil para Clive aterrizar en las afueras de la antigua ciudad de Eluthan. No había puntos de inspección, ningún control. Él simplemente escondió su transporte en los cañones y caminó hacia la ciudad amurallada.

Siguió las serpenteantes calles, consultando ocasionalmente su datapad para comprobar la dirección. Sin señales era fácil perderse. La ciudad tenía poco parecido con el glorioso lugar del que había oído hablar. Las viviendas se habían construido con una piedra que una vez debió de haber sido preciosa, de un color dorado suave que se volvía fuego líquido en las puestas de sol. Pero las casas y los edificios públicos habían sido derrumbadas y se habían reparado con partes de plastoide. Había enormes cuadrados abiertos que una vez habían tenido hierba pero ahora estaban llenos de escombros. Podía ver fuegos en la calle y viviendas provisionales, las sombras de los acherinos preparando la cena. Un sentimiento de derrota se elevaba desde las piedras y el suelo. Clive sabía que ver eso destrozaría los corazones de Toma y Raina.

Encontró la calle que estaba buscando y buscó las coordenadas. Hacía mucho tiempo que se había perdido cualquier señal o marca. Vio una delgada figura sentada en una escalera medio derruida y se detuvo. Era una mujer acherina, llevaba el pelo corto y lleno de polvo. La suciedad veteaba su túnica y una bota tenía una larga cuchillada en un lado. Se mantenía unida con cuerda.

—Buenas noches —dijo Clive.

—Ah, un optimista.

Lo intentó de nuevo.

—Estoy buscando a Vira. Clive sabía que la tradición acherina era usar los nombres de pila. Se consideraba un insulto utilizar el nombre y los apellidos de alguien, incluso para un desconocido. Esperaba que las tradiciones acherinas de hospitalidad todavía se mantuviesen.

—¿Y quién pregunta?

—Clive —dijo él—. Me envía Toma.

Eso captó su atención.

—Toma —dijo ella—. Así que está vivo.

—Vivo, sano y le manda recuerdos a Vira.

—Lo siento —dijo la mujer—. No hay una forma fácil de decir esto. Vira fue asesinada. Vivía con nosotros. Yo era su cuñada.

Así que había llegado a un callejón sin salida.

Ella vio la decepción en su cara.

—Pero quizá mi marido, Alder, pueda ayudarte. Él también era muy amigo de Toma.

Ella se puso de pie, y él vio lo alta que era.

—Soy su esposa, Halle. Ven dentro. Por favor.

Ella abrió la puerta de fabricación casera de plastoide. Dentro había un edificio bombardeado que una vez había sido una casa. Una lona servía de tejado. Los escombros se habían limpiado y unas tablas puestas sobre la tierra hacían las veces de suelo. Clive notó que estaba totalmente limpio.

—No tenemos mucho, pero lo compartiremos con gusto —dijo Halle.

—¿Por qué no os marcháis? —preguntó Clive—. No hay restricción sobre emigración, ¿verdad?

—No —contestó ella quedamente—. Pero éste es mi hogar. Si no lo reconstruimos nosotros, ¿quién lo haría? ¿El Imperio? ¿Qué clase de planeta natal tendríamos entonces?

Una tela andrajosa entre dos columnas se dividió en dos, y un hombre alto e imponente por igual entró.

—Alder, éste es Clive —dijo Halle—. Toma lo envió a Vira.

Alder avanzó, una sombra pasó sobre sus ojos oscuros ante la mención de su hermana.

—¿Toma? ¿Dónde está?

—No puedo decírtelo —contestó Clive—. Pero puedo decirte que está bien.

—Gracias a las lunas y las estrellas. La pérdida es ahora parte de nuestras vidas aquí —que Vira descansa con los ancestros— así que es bueno oír que Toma está bien. Aquí, siéntate —dijo Alder—. Es casi la hora de la cena.

Según parecía, no tenían mucho en cuanto a comida se refiere. Afortunadamente, Clive se había abastecido de suministros. Puso su mochila sobre la mesa.

—Dejad que el visitante aporte la comida. Es una costumbre de mi mundo. —No era realmente cierto, pero tenía la sensación de que no aceptarían de otra manera.

—Nos honras con tu regalo —dijo Halle.

Clive sacó pan y una barra de proteínas, un cilindro de té preparado, y fruta. Añadió una bolsa de dulces y algunas magdalenas reconstituidas.

Los ojos de Alder se abrieron como platos.

—¡Es un festín!

—Primero, comamos. Después podemos hablar. —Clive movió su mano hacia la comida.

Él dio algunos mordiscos pero en su mayor parte les observó comer ávidamente.

—Le asombró lo conectados que estaban los seres con sus planetas natales. Él había dejado atrás su planeta natal, Belazura, hacía mucho tiempo y raras veces había vuelto. Belazura era famosa por su belleza, pero Clive no tenía una partícula de sentimentalismo en sus huesos. Se sentía más cómodo viajando de planeta en planeta. Raras veces permanecía mucho tiempo en cualquier parte. Si él tuviese que vivir así, se habría marchado hace mucho tiempo.

Cuando estuvo seguro que habían comido hasta la saciedad, Clive les sirvió a cada uno una última taza de té y se recostó.

—Toma me dijo que Vira podría hablarme sobre Flame. Flame contactó con ella y le pidió una forma de encontrar a Toma.

—Vira no nos lo dijo —dijo Alder—. Debió haber guardado bien el secreto de Flame.

—Conocimos a Flame —dijo Halle—. Bueno, no antes de que se uniese a la Resistencia —ella no vivía en la antigua ciudad. Era de la capital, Sood. Dijo que provenía de una familia rica, pero no compartimos mucha información acerca de nuestras vidas personales.

—¿Tenéis alguna idea de su auténtica identidad? —preguntó Clive.

Halle y Alder sacudieron sus cabezas.

—Podías ver que procedía de la clase alta —dijo Alder—. Pero ella nunca se dio aires, nunca pidió favores. No era una figura principal, pero realizaba vigilancias, establecía refugios, cosas así. Asumía los mismos riesgos que todos nosotros.

—Era muy lista, muy buena —dijo Halle—. Los rumores decían que sacó de contrabando una gran parte de su fortuna fuera del planeta. Al principio la gente se resintió con ella por esto. Los eluthanos pensaban que eso mostraba una falta de lealtad hacia su planeta natal. Pero Flame simplemente se rió de ello. Ella sentía que sólo sería capaz de luchar si tenía la riqueza necesaria para hacerlo.

—El Imperio la atrapó y fue encarcelada en la guarnición —dijo Alder—. Logró escapar. En esa huida también rescató a cinco miembros de la Resistencia. Uno de ellos fue asesinado, pero sacó a los demás.

—Uno de ellos fue Vira —añadió Alder.

Clive se sentía un poco estúpido. Realmente Flame era un héroe. Había desperdiciado su tiempo. Tiempo que debería haber empleado en Coruscant, ayudando a Astri a rescatar a Lune. Todo estaba en orden.

¿Entonces por qué no se sentía mejor?

—Flame le dijo a Toma que su familia poseía algunas de las fábricas más grandes de Acherin —dijo Clive—. Y sus fondos parecen enormes. No puede haber habido tantas industrias poseídas por familias. ¿Hay alguna base de datos que pueda comprobar?

Alder negó con la cabeza.

—Todos nuestros registros han sido destruidos.

—Siempre pensé... —la voz de Halle vaciló—. No, no importa.

—¿Qué? —urgió Clive.

—Bueno, Flame era una buena piloto. Si teníamos algún trabajo que requería volar, se lo encargábamos a ella.

Clive asintió. Él también sabía eso sobre Flame.

—Y una vez ella me mencionó que su padre había muerto justo antes de que ella se uniera a nosotros. Su sufrimiento era reciente. —Halle vaciló otra vez—. Industrias Yarrow eran un gran fabricante de aerodeslizadores y cruceros de lujo. Evin Yarrow murió de causas naturales poco después de que el Imperio asumiese el control de sus negocios. Sé que tenía una hija adulta, Eve. Imagino que una hija criada en esa industria sería una piloto excepcional.

—Industrias Yarrow —dijo Clive. Otra vez sintió como algo resonaba en su interior. Fuera cual fuese el recuerdo que perseguía era esquivo. ¿Por qué no podía recordarlo?—. Me suena familiar.

—La mayor parte de sus ventas estaban destinadas a este sistema, pero estaban tratando de hacerse un hueco en el mercado intergaláctico —dijo Halle—. Como la mayoría de las corporaciones, se pusieron del lado de los Separatistas. Querían el apoyo de la Federación de Comercio y los Clanes Bancarios. Recuerdo que Evin Yarrow tenía un apartamento en Ciudad Galáctica en Coruscant para poder tratar de influir en el Senado.

—¿Estaba casado?

Ella negó con la cabeza.

—Su esposa murió cuando la chica era pequeña. Leí un artículo sobre él en una holorevista hace años... recuerdo quedar impresionada con cómo dijo que había criado a su hija él solo, llevándola con él a todas partes —a las fábricas, a las ventas, al Senado... Ella era una chica joven entonces. Creo que había un holoimagen, pero no lo recuerdo claramente.

—¿No habría reconocido alguien a Eve Yarrow? —preguntó Clive.

—Realmente no —dijo Alder—. Los eluthanos no viajan mucho a Sood.

—No sé nada más sobre Eve. Nuestra industria de holonoticias y todo la infraestructura de información se vinieron abajo más o menos en la época en la que Flame se unió a nosotros —dijo Halle—. No le hacíamos a nadie demasiadas preguntas en aquel entonces. Sé que el Imperio trasladó finalmente Industrias Yarrow fuera del planeta —se encogió de hombros—. Probablemente estoy equivocada sobre Eve.

—¿Hay alguna razón por la que estés haciendo estas preguntas? —preguntó Alder.

—Necesito descubrir si Flame es de fiar —dijo Clive. Hay vidas que dependen de ello.

—Le confiaría nuestras vidas —dijo Alder—. Ya le confiamos nuestras vidas.

Clive asintió. Tenía sentido. Pero su hormigueo todavía seguía allí.

¿Qué pasa con la tranquila determinación de Halle de quedarse y reconstruir su planeta natal? ¿Qué hay de los otros ciudadanos, aguantando hasta el final, intentando reconstruir con pedazos de plastoide y lonas?

¿Por qué se había marchado Flame? ¿Por qué esta mujer había decidido que sería capaz, sin ayuda, de crear un movimiento de Resistencia por toda la galaxia?

¿Podía ser Eve Yarrow? Si eso fuese cierto, habría viajado por toda la galaxia con su padre. Él había tenido un apartamento en Coruscant. ¿Qué había dicho ella una vez? Nunca he estado allí. A ella no le gustaban los planetas abarrotados. Ella lo dijo.

Por supuesto, él sabía mejor que nadie que los miembros de las Resistencias nunca decían la verdad sobre dónde habían estado y lo que habían hecho.

Ella la había llamado Ciudad Imperial, sin embargo. Eso le molestaba. Por supuesto que Palpatine la había renombrado. Pero todo miembro de la Resistencia seguía llamándola por el que consideraban que era su nombre por derecho, Ciudad Galáctica. Al menos cuando hablaban entre sí.

Bueno, eso no era mucho con lo que seguir.

—Esas personas que rescató de la guarnición —dijo él—. ¿Puedo hablar con ellos?

—Sólo queda uno —dijo Alder—. El resto ha sido asesinado desde aquel entonces o arrestado. Su nombre es Warlin. Puedo ponerlos en contacto. Estoy seguro de que él accederá a una reunión. Si está aquí.

—Va a Sood a escondidas bastante a menudo —le explicó Halle—. Su hija está casada con un chico de Sood, así que viaja para verla. Es muy peligroso, pero... ella es su única familia.

Alder sacó su comunicador e introdujo los datos. Habló explicado rápidamente quién era Clive y preguntando si Warlin hablaría con él.

Clive tomó el comunicador. No había imagen, pero la voz de Warlin llegaba claramente.

—Ven mañana al amanecer —dijo él.

—Me gustaría ir esta noche.

—No es posible, estoy viajando. Me reuniré contigo en mi casa... Alder puede guiarte hasta allí —hubo una ráfaga de estática, y Clive no escuchó sus siguientes palabras.

—¿No te he oído —qué dijiste?

—He estado esperando esto. Algo sobre... ese día... siempre me ha molestado.

La comunicación terminó. Frustrado, Clive le devolvió el comunicador a Alder.

Tendría que esperar hasta mañana.

* * *

Sabía que apenas dormiría esa noche, y no lo hizo. Todavía estaba oscuro afuera cuando se levantó y se puso las botas tranquilamente. Alder llegó un momento después, sólo una sombra en la oscuridad.

Sin una palabra, Clive se levantó y le siguió a través de las calles vacías. Las lunas estaban bajas en el cielo y sólo una leve mancha gris señalaba el comienzo del día. Aun con la luz era difícil avanzar por el camino resquebrajado de piedra. Ocasionalmente entraban en la carretera y avanzaba con dificultad a través del barro creado por la lluvia. Las gotas habían creado riachuelos a través del plastoide cubierto de polvo. Pronto, Clive estuvo completamente perdido en un mundo de suciedad y lluvia.

—Está justo ahí adelante —dijo Alder—. Y el sol está saliendo.

La fiera luz pálida iluminó el borde del edificio. Había sobrevivido mejor que la mayoría, con un todo un muro de piedra intacto. Alder avanzó y llamó a la puerta de madera. Clive oyó el eco en el interior.

Cuando nadie abrió la puerta, Alder se volvió hacia él.

—Tal vez se ha retrasado.

—Tal vez. —Clive dio un paso adelante y empujó la puerta. Había algo contra ella en el otro lado. Algo blando. Con el miedo ahora en su garganta, empujó más fuerte.

Piernas. Brazos. Y entonces, con la puerta medio abierta, vio al hombre, acurrucado, con un brazo en un ángulo imposible, y los ojos sin vista abiertos.

—¿Warlin? —preguntó Clive.

Alder asintió. Se arrodilló y cerró los ojos de Warlin.

—Descansa con los ancestros, mi buen amigo —dijo suavemente. Contempló a Clive con angustia en su cara.

—Esto es lo que nos ha ocurrido —dijo—. Acherinos matando a acherinos. Algunos en Eluthan pensaban que era un espía. Corría demasiados riesgos. Sólo para poder ver a su hija y le mataron por eso.

—¿Pero era por eso por lo que le habían matado? —se preguntó Clive.

Quería aullar de frustración. Nunca lo sabría.

CAPÍTULO CATORCE

Trever esperó hasta que apagaron las luces. Todos los reclutas de primer año tenían habitaciones contiguas. Las habitaciones estaban distribuidas apretadamente en una cuadrícula en el centro del complejo. Cada diez habitaciones compartían una sala común con puestos de consolas para el estudio. Desde su habitación podía ver la puerta de la sala común.

Poco después vio a Lune moverse como una sombra a través del pasillo. Entró sigilosamente en la sala común y la puerta se cerró. Técnicamente, se suponía que los reclutas se retiraban cuando apagaban las luces, pero esta regla, comprobó Trever, era una de las pocas que no se cumplían a rajatabla. La carga de trabajo era tan aplastante que las patrullas miraban hacia otro lado si los estudiantes estaban todavía en los puertos de datos a altas horas de la noche.

Trever esperó unos minutos y entonces pasó velozmente por el pasillo y abrió la puerta de la sala común. Lune estaba sentado ante una consola.

Trever se sentó a su lado.

—Deberíamos explorar los lugares de entrega de comida y materiales... tal vez haya una salida por esas partes.

—Todas las entregas son escaneadas —dijo Lune—. Durante la primera semana, alguien intentó escapar y le enviaron a aislamiento dos semanas. A partir de entonces tuvo que tener una sombra, como yo.

—De acuerdo entonces, ¿tienes alguna idea?

—El hangar —dijo Lune—. Mañana tenemos una clase de pilotaje especial allí, ¿verdad?

—¿Y?

Lune se encogió de hombros.

—Robamos una nave.

—¿Robar una nave? Oye, esa es una idea magnífica. No hay problema. Mientras Maggis esté dando la clase, nosotros sólo tenemos que colarnos en la cabina y...

—No, no mientras esté dando la clase —dijo Lune. Se giró y miró a Trever. Trever sintió una sacudida. Lune fue más joven que él, sólo un niño pequeño, pero su intensidad fue espeluznante. Tuvo la sensación de que Lune podría pensar en algo para colarse dentro y robar una nave.

—Siempre alardeas de poder burlar sistemas de seguridad —dijo Lune.

—Bueno, claro —dijo Trever—. Puedo robar un transporte. Sin problema. Incluso colarme en un almacén. Pero esto es seguridad imperial.

—Todo sistema tiene un punto débil. Sólo hay que encontrarlo. He oído eso en alguna parte —dijo Lune.

Trever sonrió abiertamente. Lune se lo había oído a él. Él se lo había oído a Ferus.

—Bueno, resulta que tengo un par de medias cargas alfa. No es suficiente como para volar la puerta del hangar, creo, pero podemos intentarlo.

Lune sacudió la cabeza.

—Eso es el último recurso. Si no puedes robar la nave, tenemos que poder volver a nuestras habitaciones. Entonces esperaremos otra oportunidad.

—¿Entonces cómo entramos en el hangar?

—Los códigos de seguridad de las aulas y el hangar se cambian cada doce horas. Maggis tendrá el código del hangar en su tarjeta de seguridad ya que va a dar una clase allí a primera hora de la mañana.

—La tarjeta de seguridad está enganchada a su túnica —dijo Trever—. Ese es el primer problema. El segundo es que notaría que ha desaparecido en dos segundos. Necesita esa tarjeta para ir a cualquier parte.

Lune alzó la tarjeta.

—No la necesita mientras está en el baño.

—Tienes que estar de broma. ¿Has robado la tarjeta de seguridad de Maggis?

—Cada noche Maggis se da una ducha y después pasa un rato largo en la sauna. Está allí dentro cuarenta y cinco minutos como mínimo. Tiempo de sobra.

Trever sacudió su cabeza ante la audacia de Lune.

—¿A qué estamos esperando?

Los pasillos estaban a oscuras, pero pudieron moverse rápidamente. Esos droides de combate reprogramados hacían comprobaciones al azar, pero anunciaban su inminente llegada con el claqueo de sus circuitos, y eran fáciles de evitar, gracias a la habilidad de Lune para oír cosas en pasillos lejanos. Llegaron al hangar sin ser descubiertos.

Lune usó rápidamente la tarjeta. La puerta se abrió deslizándose.

—Totalmente sorprendente —dijo Trever sin aliento—. Funcionó.

Se apresuraron a entrar. Las naves se veían fantasmales bajo la tenue luz, como gigantescas criaturas listas para atacar. Trever se dirigió rápidamente hacia la primera nave estelar, una pequeña que se había fabricado para el tráfico en la atmósfera interna. La rampa se había quedado bajada y él la subió corriendo y se introdujo en la cabina. No se atrevió a encender los motores todavía, pero rápidamente le echó un vistazo a la comprobación de sistemas.

—Voy a tener que saltar un código de seguridad —murmuró a Lune—. Podría llevar algunos minutos.

—Date prisa.

Trever examinó rápidamente la codificación, intentando encontrar la clave. Era más complicado que un código de seguridad estándar. Probó todos sus trucos, pero no funcionó ninguno. Volvió hacia atrás y estudió la consola cuidadosamente. Tendría que ocurrírsele algo para este código.

—¡Trev, agáchate!

Vaciló sólo un momento y descendió justo cuando la puerta se abría y las luces se encendieron a máxima potencia. El ruido de pasos empezó a resonar por el suelo de duracreto.

Debajo de la consola, Trever y Lune se miraron el uno al otro, con los ojos muy abiertos. Su única esperanza era permanecer quietos. Tenían que esperar que quienquiera que fuese no estuviera buscándolos.

Las pisadas se oyeron más cerca. Y aún más cerca. Trever sintió que la nave se estremecía mientras las pisadas sonaban subiendo la rampa. Entonces aparecieron las botas, entrando en la cabina a grandes pasos.

Aparecieron un par de oscuros ojos somnolientos en una cara gordita, agachándose bajo la consola.

—Imaginad mi sorpresa cuando salí de mi relajante sauna y vi que mi tarjeta de seguridad no estaba. Imaginad cuándo llamé a seguridad y descubrí que en realidad me encontraba en el hangar.

—Sólo estábamos...

—Ahórrame el «sólo estábamos». Créeme, he escuchado casi todos los «sólo estábamos» que se han inventado. Ahora salid de ahí, gusanos.

Maggis se apartó para que Trever y Lune pudiesen salir.

—Divinian, quédate conmigo. Fortin, vuelve a tu habitación. Y trata de no quebrantar otra regla. O tropezarte con Kestrel.

—Esa era mi idea —balbuceó Trever—. Divinian no debería ser castigado, él...

—No te oigo —dijo Maggis—. Una degradación más y te enviaré a la cámara de aislamiento.

Trever se calló. No podría ayudar a Lune si estaba aislado.

Los soldados de asalto se acercaron.

—Escotad al Recluta Fortin a su habitación y encerradle —dijo Maggis—. Si se mueve, aturdidle.

Los soldados rodearon a Trever. No tenía alternativa. Sintiéndose indefenso, le lanzó a Lune una última mirada y se marchó.

CAPÍTULO QUINCE

—Vamos —le dijo Maggis a Lune—. Por aquí.

Lune sintió pequeños temblores de nerviosismo recorriendo a Maggis. ¿No debería ser él el que estuviera nervioso?

No sabía si era una conexión con la Fuerza Viva o no, pero siempre había sido consciente de las emociones. Esa era una razón por la que siempre había tenido miedo de su padre. Siempre había sabido cuánto había fingido Bog. Fingido ser un marido. Fingido ser un padre. El auténtico Bog se había filtrado por mucho que intentara disimular.

¿Estaba tan mal, se preguntó Lune por milésima vez, no querer a tu propio padre?

Ésta era una pregunta que no podía hacerle a su madre. Sabía que ella le daría una respuesta cuidadosa. Él era demasiado joven para decirle la verdad. En lugar de eso, Mamá llamaría a Bog «confundido» o «demasiado ambicioso». No, Mamá. Papá es un mal tipo.

¿Por qué estaba Maggis nervioso? ¿Por qué seguía mirando a Lune?

Está haciendo algo que sabe que no es correcto.

—¿Dónde voy? —preguntó Lune. Por primera vez, tuvo miedo.

—Cállate. —Maggis no lo dijo en un tono mezquino. Fue más como un recordatorio de su propia ansiedad.

El tejado retráctil se abrió, y un aerodeslizador se metió dentro, un vehículo negro liso con un adorno rojo de cromo. La cabina se abrió y salió un hombre.

Era su padre.

Lune dejó de caminar.

—No, dijo él.

—Tu padre te necesita, Divinian —dijo Maggis—. Y —añadió—, yo necesito que sigas las órdenes. Recuerda, tengo aquí a tu amigo. No querrás que le pase nada a Fortin, ¿verdad?

La boca de Lune se cerró. Trever podía cuidar de sí mismo.

Probablemente.

—Y si no vas, ¿sabes con quién se enfadará más tu padre?

—Con usted.

—Inténtalo de nuevo. Con tu madre. Él la culpa por todo ¿verdad? Me di cuenta después de diez minutos con él. La culpará de esto también.

Lune miró a Maggis. Sentía la verdad de lo que decía. Le hizo sentirse atrapado.

—Hijo —, nervioso por el retraso, Bog caminó hacia adelante y sonrió. Era su sonrisa paternal tan falsa. Todo lo que Lune veía en esa sonrisa era un gran agujero vacío.

—No te preocupes, tengo buenas noticias —continuó Bog—. Demos un paseo y te lo contaré.

El miedo se instaló dentro de Lune. Sabía que estaba atrapado. No había ningún lugar a donde ir. Avanzó y subió al aerodeslizador de Bog.

—Déjeme saber cómo —empezó a decirle Maggis a Bog, pero Bog le ignoró.

Se colocó tras los controles. La carlinga de la cabina se cerró y selló a Lune adentro.

—Agárrate —dijo Bog con aire de satisfacción—. Compré esta monada después de convertirme en gobernador imperial. Se mueve.

El vehículo salió disparado hacia la negra noche, Lune no conocía bien Coruscant, así que no estaba seguro de adónde iban. Acaba de ver un borrón de vías espaciales y millones de luces, cada una de ellas una vida moviéndose a su alrededor. Podía sentirlos. Les envidiaba. Vivían sus vidas, pero no estaban a merced de otro. O al menos, eso esperaba.

En su entrenamiento, Garen le había hablado sobre la Fuerza Viva, sobre cómo algunos Jedi estaban más conectados con ella que otros. Le había hablado del gran Caballero Jedi Qui-Gon Jin. Le había dicho que sentía algo similar con Lune, que él podría conectarse con la Fuerza Viva si los tiempos fuesen diferentes, si hubiese sido identificado antes, si las Guerras Clon no hubiesen tenido lugar... podría haber estado en el Templo también.

El Templo se alzaba ahora frente a él, una ruina de su antiguo ser. Lune podía sentir el Lado Oscuro de la Fuerza en su presencia, podía sentir todas las vidas que habían sido arrebatadas.

Bog se rió con satisfacción mientras maniobraba alrededor del Templo. El complejo del Senado estaba debajo de ellos ahora, y Boj condujo el vehículo hacia una torre que se elevaba en un cuadrante lejano. ¿Estaba su padre llevándole al Senado? Lune no podía adivinarlo.

Bog aparcó el vehículo en un atracadero flotante, una plataforma larga y estrecha que sobresalía como un chapitel horizontal.

—No estés tan nervioso —le dijo—. Éste es tu momento, Lunie.

Lunie. Siempre había odiado ese apodo. Se lo había dicho a su padre. Muchas veces.

Bog se puso más cerca. Sus ojos miraban con intensidad.

—¿Lo entiendes? Ésta es tu gran oportunidad, yo lo arreglé. Por qué me molesté, preguntarás. Porque soy tu padre. Tan simple como eso.

Bog salió del aerodeslizador y esperó a que saliese Lune. Lune le siguió pasando por un conjunto de puertas dobles. Entraron en un vestíbulo blanco. Olía a medicina y a limpiador. Conocía ese olor. Estaba en un hospital.

—Aquí es donde los amigos del Emperador vienen a recibir tratamiento. Es un honor ser elegido para esto —dijo Bog—. ¿Entiendes?

Lune negó con la cabeza. Él no entendía nada. Excepto que estaba en problemas.

* * *

Era asombroso que el chico de Bog Divinian pudiese tener una conexión con la Fuerza. Debe de haberle venido de Astri Oddo, no de Bog. El hombre parecía llevar puesta la estupidez como un sombrero. Darth Vader observaba como Bog entraba con aires de importancia en una de las salas de conferencias del EmPal. Había dejado a Lune con los droides médicos en la sala adyacente de evaluación. Estaban en el complejo principal y se

encargarían de los pasos iniciales. Después llevarían a Lune a las habitaciones secretas en lo alto de la torre. Y Bog se marcharía.

Sano Sauro le había dicho que Bog había ofrecido voluntariamente a su hijo para esta tarea. A Vader no le importaba a quién usara Zan Arbor como su sujeto, así que lo había permitido. Sin duda Bog pensaba que ganaría puntos por la participación de Lune. En lugar de eso, acababa de aumentar el desprecio de Vader.

Bog avanzó con impaciencia.

—Cuando le dije a mi hijo que el Imperio le necesitaba, dio un paso adelante —dijo él—. No vaciló un momento. Pero ahora que estamos aquí, me gustaría saber para qué se ha ofrecido voluntario exactamente.

Jenna Zan Arbor miró a Vader. ¿Ha firmado una renuncia?

—Todavía no.

Ella parecía exasperada.

—¿Puedo proceder sin eso? No tengo tiempo para padres difíciles.

—Oiga, ¿a quién llama difícil? Soy fácil. —Bog sonrió—. Pero supongo que tengo que señalarlo, porque tal vez no lo sabe, pero soy gobernador imperial. Simplemente quiera dejarlo claro. Tengo autorización, tal vez más que alta que la suya.

Zan Arbor le miró de arriba a abajo.

—Lo dudo.

—Bueno, ¿cuál es el proyecto? Merezco estar al tanto.

Vader controló su irritación. ¿Divinian estaba exigiendo? Tendría que comprobar su auto-importancia, pero no aquí, todavía no.

Necesitaba al niño.

—Ésta es la Doctora Zan Arbor —dijo Vader—. Está haciendo una serie de pruebas sobre la memoria.

—¿Eso es todo? —Bog pareció aliviado por un momento. Entonces su frente se arrugó—. ¿Pero qué... hará exactamente?

—Definir claramente ciertas áreas del cerebro —contestó Zan Arbor—. Identificar receptores de memoria y proceder a su eliminación.

Bog tragó saliva.

—¿Eliminación? ¿Qué significa eso, exactamente?

—Bien, obviamente, algunos recuerdos que tiene el chico desaparecerán —dijo Zan Arbor—. Como si nunca hubieran existido —agitó una mano—. Sólo los insignificantes. Naturalmente sólo quitaré recuerdos aleatorios de diferentes franjas de tiempo. Él nunca sabrá lo que ha perdido.

—Espere un segundo —dijo Bog—. No estoy seguro de esto. Yo no sabía que... su cerebro se vería implicado. El cerebro es importante.

Zan Arbor puso los ojos en blanco, pero Vader la silenció con una mirada. Bog era un idiota, pero podía causar problemas.

Vader se volvió hacia Bog.

—Todos tenemos recuerdos que podríamos querer olvidar. Incluso un niño. Especialmente un niño. Usted podría darle indicaciones a la Doctora Zan Arbor.

Zan Arbor comprendió su intención inmediatamente. A Bog le costó un poco más. Ella se veía alerta, excitada. ¿Quiere decir seleccionar algo muy grande? ¿Con este niño? Eso sería... útil.

—¡Mi hijo no es un experimento! —gritó Bog, pero Vader no iba a detenerse.

—Es para ayudarlo —dijo él—. Tal vez su hijo tiene recuerdos que podrían ser... dolorosos. Recuerdos de... su madre, ¿por ejemplo?

Observó como Bog retrocedía. Y entonces vio como la ambición tomaba el mando.

Ambición de control. Control de su hijo.

Bog se lamió los labios.

—¿Usted podría... determinar ese área?

—Si me da una franja de tiempo —dijo Zan Arbor. Hablando en voz baja, ella se llevó a Bog.

A Vader no le importaba particularmente si Bog daba su autorización o no, aunque sería más fácil de ese modo. Pensándolo bien, Lune era el sujeto perfecto. Era sensible a la Fuerza. Vader no estaba seguro si la Fuerza sería un obstáculo para el éxito del experimento. Lo dudaba. Lune no tenía control sobre la Fuerza, para empezar. Pero si, de hecho, la Fuerza interfería con el procedimiento, necesitaba saberlo.

Observó como Bog permitía que Zan Arbor tomara una impresión retinal para autorizar el procedimiento. Entonces la científica dejó a Bog y entró en la sala cerrada de evaluación donde Lune estaba esperando rodeado por droides médicos.

—Ya puede irse —dijo Vader—. Contactaré con usted cuando sea momento de recogerle.

Bog parecía decepcionado por no poder esperar, pero sabía que era mejor no discutir.

Vader se dio la vuelta y se dirigió hacia núcleo interno de la torre. El éxito significaría el fin del tormento. Era perturbador estar en el lugar donde se había enterado de la suerte de Padme... y después de la lucha con Obi-Wan.

Aún así hubo compensación aquí, cristales Sith y artefactos que le restaurarían. Y había esperanza ahora. Esperanza por el fin de Padme.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Interesante, pensó Ferus. Definitivamente había encontrado algo. Había examinado los planos y entonces, una vez que Jako hubo caído en un profundo sueño, había dejado la habitación para hacer un reconocimiento visual del centro médico Coruscant EmPal, usando la terraza que rodeaba el edificio y después algún salto de Fuerza bien calculado.

Sabía una cosa con seguridad: La galería de ventanas en lo alto de la torre estaba allí sólo para despistar. La parte superior de la torre no era el área de almacenamiento que los planos decían que era. Sólo lo parecía.

Ferus había usado un técnica Jedi llamada «mirada atenta». Implicaba ir intercambiando la concentración de la imagen global a la microscópica. El método solía ayudar a un Jedi a ver cosas que ni los electrobinoculares captaban. Ferus había descubierto el más diminuto desperfecto en la superficie metálica de los niveles superiores de la torre. Probablemente había sido golpeada por algún objeto contundente —sólo un golpe leve y oblicuo, pero fue suficiente para arañar la piel de metal.

Y entonces fue cuando se dio cuenta de que no era simplemente una plancha de duracero, sino alguna clase de aleación usada como blindaje. Probablemente duranio. No era piel; era armadura.

Una vez que hubo visto esto, continuó su inspección hasta que encontró lo que estaba buscando: una serie de levísimas protuberancias, regularmente espaciadas, indicando líneas de alimentación de energía. Suficientes líneas de alimentación para hacer funcionar un turboláser.

Tenía que preguntarse por qué un área de almacenamiento necesitaba blindaje así como armas.

Tenía que entrar allí.

La instalación estaba tranquila. Los pacientes estaban dentro durante la noche y los droides médicos iban a verlos regularmente según un horario. Malory le había dado ese horario. Ferus atravesó los pasillos y se metió de un salto en el turboascensor. Pasó su mano sobre el sensor del piso más alto. Sabía por los planos que ese turboascensor no llegaba hasta la parte superior de la torre. Ninguno de los cercanos llegaba. Sin duda había uno, pero le llevaría siglos encontrarlo. Sólo tenía menos de una hora antes del fin de su turno; al amanecer, su tarjeta de seguridad se volvería inactiva y el lugar comenzaría a cobrar vida.

Había un pequeño turboascensor de servicio, construido para los droides médicos. Iba desde el atracadero flotante hasta la torre. Ese turboascensor también iba hasta el atracadero flotante y terminaba allí. En ese punto los dos ejes tenían un punto de acceso, sin duda para permitir el acceso de los trabajadores en caso de avería.

Se alzó hacia la parte superior del turboascensor y atravesó la puerta de acceso. Se puso de pie sobre la parte superior, balanceándose en la rápida cabina. Los números eran un borrón en las paredes mientras los pisos iban pasando, pero podría ver el final del eje. El único problema era que iría muy, muy rápido.

Llamó a la Fuerza. El tiempo tenía que ralentizarse. Todo tenía que estar absolutamente claro. Necesitaba medir el tiempo a la perfección. Y suerte. Sería bueno algo de suerte.

Suerte no, se dijo a sí mismo. Tenía que librarse de esos viejos patrones de pensamiento. Los Jedi no necesitaban suerte, tenían la Fuerza.

Tenía que creer. Creer que podría volar hasta el otro eje completamente ciego, sin saber si habría algo, alguna parte, a la que agarrarse.

Allí. Allí estaba. A través de la negrura y el aire zumbante pudo ver el techo de ese eje. Y allí, a su izquierda, un pequeño cambio en la oscuridad que indicaba la abertura hacia el eje paralelo. Ferus tragó saliva. Parecía terriblemente... pequeño. Tenía que tener una precisión perfecta calculando el tiempo y la posición o golpearía una pared de permacreto a la máxima velocidad y se convertiría en papilla de Jedi...

Ferus le dijo a su mente que se callase y dejó trabajar a la Fuerza.

No había espacio para dudas.

Saltó.

Sintió como la Fuerza se movía a su alrededor. Podía ver todo cerca y claramente: la textura de la pared del eje, la cualidad exacta de la oscuridad hacia la que saltaba. Entró volando en el otro eje con escasos centímetros de margen.

Inmediatamente vio el turboascensor de servicio varios pisos por encima. No podía usarlo para agarrarse. Estaba detenido. No le sorprendió; dudaba que hubiese droides médico moviéndose entre los pisos a esa hora tan tranquila. Pero en la otra pared del eje vio un cable de corriente fijado con pernos a la pared. Pernos lo suficientemente grandes como para usarlos de agarraderas.

Sintió la oleada de Fuerza guiándole, y fue infinitamente fácil volar a través del espacio, agarrar los pernos, y pegarse contra la pared. Ferus dejó escapar el aliento. Lo había conseguido. Más o menos.

Subió por el eje usando la Fuerza y su cable líquido. Calculó el piso que necesitaba y encontró la puerta. Sería un poco estrecho, pero podría hacerlo.

Pudo activar el sensor del turboascensor por fuera para abrir la puerta. Eso fue una suerte. No quería usar su sable láser si no era necesario. No quería dejar ninguna evidencia de un allanamiento Jedi. Necesitaba poder regresar a su vida como agente doble.

Ferus entró en un cuarto ensombrecido. Podía sentir el Lado Oscuro de la Fuerza surgir de repente. Había aterrizado en una estación de recarga de droides médico. Una fila de droides médico trípodos se alineaba en modo inactivo. Ferus los dejó atrás avanzando hacia un arco. Más allá había un corredor que llevaba hacia el interior de la torre redonda.

Inmediatamente sus sentidos estuvieron en alerta. Allí había actividad. Estaba ocurriendo algo. Ferus dejó que los ruidos desapareciesen uno por uno. El zumbido de las unidades de aire y la maquinaria, el leve zumbido de los tubos de luz en lo alto. En alguna parte oyó el ruido seco de un droide haciendo la ronda, pero estaba a varios pasillos de distancia.

La Fuerza Viva también estaba allí.

Voces.

Se arrastró hacia adelante. Ante él había una puerta con una pequeña venta de vigilancia. Arriesgó un atisbo.

Una hembra humana rubia vestida con una túnica lujosa bloqueaba su visión de la habitación. Jenna Zan Arbor. ¿Qué estaba tramando? No estaba sorprendido de verla. Sabía que ahora ella trabajaba para el Imperio. Había visto su nombre escrito en documentos secretos sobre un sistema de entrega de armas a gran escala. Durante la República, ella había sido uno de los criminales más buscados. Había introducido virus terribles en poblaciones y entonces les había ofrecido sus propias vacunas para curarlas. Había hecho una fortuna. Durante la última misión de Ferus, la había visto intentando contactar con un Lord Sith en Korriban, la cuna del poder Sith. No, no le sorprendía que estuviese enredada con el Imperio. Atraía a seres como ella.

Se movió furtivamente hacia un lado, intentando ver a quién le estaba hablando. Alguien estaba sentado sobre una mesa de examinación mientras ella introducía datos en su consola médica.

Estaba allí para investigar a Darth Vader, no para seguirle la pista al siguiente experimento malévolo de Zan Arbor. Debería continuar. El crono seguía contando los minutos. No tenía forma de saber si este lugar cobraría vida al llegar la mañana. Y hasta entonces, podía ocurrir cualquier cosa: Jako podría despertarse, podría llegar una solicitud de información médica, una patrulla aleatoria podría atraparlo. Tenía que continuar. No podía salvar a cada ser que se encontrara. Tenía que escoger sus batallas.

Ferus le dio la espalda a la puerta, sintiendo sólo la presencia del Lado Oscuro de la Fuerza.

CAPÍTULO DIECISIETE

Trever mandó su almohada de una patada al otro lado de la habitación, sabía que era infantil y no ayudaba en nada, pero le hacía sentirse bien.

Estaba encerrado.

Había fallado.

Sin duda, de ahora en adelante le separarían de Lune. No les dejarían solos otra vez. Y se asegurarían que la seguridad fuese más estrecha que antes. Tal vez los enviaran a los Cuerpos Mineros, o aún peor, estarían allí tanto tiempo que se convertirían en pequeños Imperiales y se marcharían de allí con esas gorras pequeñas y olvidarían sus sentimientos y sus ideas.

Pateó la almohada otra vez. Ésta era un noche de luna nueva. No sabía cómo iba a hacer frente a Astri y a los demás.

Pronto Maggis vendría por él. Habría terminado con Lune y entonces sería el turno de Trever.

Trever no podía quedarse sentado y esperar. Tenía que salir de allí. Esa misma noche. Tenía que encontrar a Lune. Si esperaba, nunca escaparían.

Tenía su último recurso escondido en su cinturón. Dulces medias cargas alfa. No las suficiente como para volar una puerta de hangar, pero servirían para la pequeña puerta de su cuarto. Acabaría con su tapadera así como con su puerta, pero no podía preocuparse por ello en ese momento.

Colocó cuidadosamente una carga en la puerta. Colocó su almohada encima de ella y después una de las almohadas adicionales que no había devuelto, sino que había escondido debajo de su catre. Amortiguarían un poco el sonido.

Recogió los cojines de su cama y los usó como un muro para protegerse. En aquella pequeña habitación la onda expansiva podía ser engañosa.

La carga explotó. Trever sintió la explosión y fue catapultado contra la pared. Miró con cuidado sobre el cojín. La puerta había sido arrancada de sus bisagras. Todo lo que tenía que hacer era darle un empujoncito para salir.

Saltando la tela ennegrecida de las almohadas y la multitud de plumas, se lanzó contra la puerta. Esta cayó con un ruido sordo, y él salió corriendo.

Probaría primero con el hangar. No sabía otro sitio al que ir. Tal vez Maggis todavía estuviera allí con Lune.

Llegó hasta allí, corriendo a través de los oscuros pasillos, metiéndose en habitaciones vacías cuando escuchaba el ruido seco de las botas de las tropas de asalto. Si no estaban en el hangar buscaría a Lune por todas partes.

Para sorpresa de Trever, la puerta del hangar estaba todavía abierta...

Maggis estaba sentado en una silla, con los ojos cerrados y la cabeza descansando contra la pared.

Trever se detuvo en la entrada, inseguro de lo que. ¿Qué había hecho Maggis con Lune?

Maggis abrió los ojos, le vio, entonces los cerró otra vez.

—¿Sabes qué era yo antes de esto?

Sorprendido por la pregunta, la respuesta de Trever fue casi un chirrido.

—No.

—Un profesor de navegación y tecnología sublumínica. En la Escuela Celestial de Ingeniería de Vuelo espacial en Argus. ¿Alguna vez has oído hablar de ella? Bueno, ahora ha desaparecido. La cerraron. Y me ofrecieron este trabajo. Pensé, claro. ¿Qué podría salir mal?

Maggis abrió los ojos y miró a Trever. Parecía deshinchado y derrotado.

—No tengo la misma forma de ver las cosas que el Imperio, supongo. Esto se cobra un precio.

—Oh.

—¿Sabes lo que te hacen si lo dejas? Le ocurrió a alguien aquí. Te informan que nunca enseñarás otra vez. Te ponen en las listas negras de todas las academias de la galaxia. Etcétera. Es lo que hacen cuando les dejas. Se apoyan en ti hasta que no queda aliento en tus pulmones. Hasta que no te quedan huesos o músculos. Te conviertes en una hoja seca. Y entonces sólo quieren que... —resopló—, desaparezcas. Bien podrías estar muerto. —Maggis miró alrededor del hangar—. Una vez me gustó enseñar. Oh, bueno.

—Lo siento.

Las palabras de Trever parecieron traer la atención de Maggis de vuelta a él.

—¿Por qué estás aquí? ¿Intentando escapar otra vez? ¿Este lugar es más de lo que esperabas?

Trever estaba pasmado. No sabía si Maggis se volvería contra él de repente.

—¿Dónde está Lune?

Maggis le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Por qué te importa? Acabas de conocerle hoy.

Trever se encogió de hombros.

—Le metí en problemas.

—Si tú lo dices. Bueno, su papaíto vino a por él.

—¿Bog?

Maggis alzó una espesa ceja.

—¿Cómo sabes quién es su padre?

—Me lo dijo él.

—Si tú lo dices. Bueno, su papaíto es un gobernador imperial, así que puede hacer lo que quiera. Metió a Lune en alguna lista especial de voluntarios. Un gran proyecto Imperial.

—¿Qué clase de proyecto?

—Vaya, vaya ¿estamos siendo inquisitivos? Desearía poder ver algo de esta curiosidad intelectual en el aula. —Maggis negó con la cabeza—. Es un proyecto con el principio básico «Saber sólo lo necesario», y yo no soy uno de los sabelotodo. Más bien

parece lo contrario —soltó una carcajada llena de tristeza—. Oye, pero hablemos de ti. ¿Qué esperas conseguir realmente? ¿Realmente pensabais que podríais robar una nave?

Trever vaciló. Éste era un Maggis diferente. Trever no sabía nada de la Fuerza Viva, pero podía ver que algo había cambiado en Maggis. O podía ser un truco.

—Sólo estábamos haciendo el tonto.

—Ya te lo dije, nada de «sólo estábamos». No eres ningún niño con estrellas imperiales en los ojos, ¿verdad? Sabía que algo no encajaba contigo —dijo Maggis, pero lo dijo distraídamente, como si en realidad estuviera pensando en otra cosa.

Miró alrededor del hangar. Entonces puso las manos en sus rodillas y tomó aire.

—De acuerdo —dijo—. Vámonos.

—¿Adónde? —preguntó Trever. Estaba preparado para correr. Podía correr más que Maggis, a menos que Maggis tuviese un bláster aturridor. El cual probablemente tuviera.

—A cualquier parte menos aquí, chico. Soy tu billete de ida, Fortin. O como quiera que te llames. —Maggis señaló un transporte—. ¿Aquél?

¿Era un truco?

—Apresúrate antes de que cambie de idea. Me has pillado en una buena noche. Estoy harto del Imperio, y harto de este sombrero. —Maggis lanzó su gorra de oficial al otro lado del hangar.

Tenía que arriesgarse. Trever avanzó. Realmente no creía que esto estuviese ocurriendo. Empezó a subir la rampa hacia la cabina.

La voz de Kestrel resonó de repente a través del hangar.

—¿Qué es esto, una clase anticipada? Nadie me ha avisado.

—Recluta Kestrel, qué bien que se una a nosotros. —Maggis pronunció lenta y pesadamente las palabras.

Trever se quedó congelado.

Maggis señaló a Trever.

—El recluta Fortin ha decidido da un paseo en un crucero Imperial oficial. Extraoficialmente.

Kestrel dio varios pasos enérgicos hacia adelante. A pesar de que era media noche, estaba vestido completamente de uniforme.

—Déjeme hacer los honores, señor. Soy la sombra de Fortin. Soy responsable de su comportamiento. Tengo que decirle que su puerta ha sido arrancada de sus goznes.

—Eso es determinación —dijo Maggis—. Obviamente se toma su trabajo con la misma seriedad, Kestrel. ¿Quién iba a decir que tenía reclutas tan dedicados en mis manos?

La mano de Kestrel estaba en su pistolera.

—Déjeme encargarme de esto, señor.

—Adelante. Por esta ofensa, yo diría que veinticinco degradaciones serán suficientes. Eso debería garantizar que Fortin llegue a los Cuerpos Mineros al finalizar la semana, al ritmo que va.

Trever se preparó psicológicamente, listo para saltar mientras Kestrel alcanzaba su bláster. Pero antes de que Kestrel pudiese sacarlo de su cinturón, Maggis se movió con sorprendente rapidez. Sacó su propio bláster y apuntó a Kestrel.

—Creo que debería decirle que este es auténtico —dijo en un tono amistoso—. La sacudida es ligeramente más... desagradable.

El cuello de Kestrel se puso rojo.

—No le creo.

El fuego bláster cruzó velozmente el hangar y voló una consola de servicio.

Maggis retrocedió hacia la rampa, todavía apuntando a Kestrel.

—Entra —le dijo a Trever—. Pon en marcha los motores.

—¿Qué estás haciendo, señor? —Kestrel no podía creerlo.

—Parece, Recluta Kestrel, que mi brillante pero corta carrera Imperial está acabada, disfrute.

De repente Kestrel se lanzó hacia el panel de seguridad. Pulsó el sensor, y empezaron a sonar las alarmas.

Maggis podía moverse rápido cuando tenía que hacerlo. Llegó de un salto a la cabina, se lanzó al asiento piloto, y cogió los controles.

Activó la carlinga retráctil, pero se quedó a medio camino, desactivada por el sistema de seguridad. Rápidamente pasó sobre el sistema con un código y comenzó a cerrarse otra vez.

—Aquí es donde consigo probar que realmente puedo volar —le dijo a Trever.

Moviendo la nave de un lado a otro, despejó la carlinga por milímetros mientras se cerraba, sacando la nave y enviándola en una espiral que Maggis corrigió volando cabeza abajo. Entonces salieron disparados hacia las luces de la noche de Coruscant.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Ferus pasó habitación tras habitación de equipo e instrumental diagnóstico, pero ninguna consola de datos. El sudor perlaba su frente. Lo sentía correr por sus piernas y brazos y descender por su espalda. ¿Había algo en el sistema de ventilación que le hacía sentirse mareado? ¿Una falta de oxígeno? Había algo acerca de esa sensación que le parecía familiar.

Korriban.

Se había sentido así en Korriban. Cuando junto con los Padawans y sus Maestros había entrado en el gran valle de los Sith, en sus mismas tumbas. Esa energía radiante había hecho que se sintiesen mareados y enfermos.

Se detuvo. Debía de estar cerca de artefactos Sith. Tal vez un Holocrón. Eso lo explicaría.

Bien, había conquistado la sensación entonces, siendo sólo un niño de dieciséis años. Podría hacerlo de nuevo. Había comenzado a avanzar... Entonces empezaron las voces.

Ahora sabes por dónde discurre tu camino.

Discurre junto a nosotros.

Algo cambió, como si un nuevo sensor se hubiese activado dentro de su cuerpo. Su cabeza se despejó. De repente todo se volvió claro y brillante. Sentía la llamada, y le atraía, como si hubiesen atado una cuerda a su esternón y tirasen. Tirando de él hacia la fuente. El poder yacía allí. ¿Por qué se estaba resistiendo?

Eso era lo que el Emperador Palpatine había intentado decirle. Explorar el Lado Oscuro de la Fuerza no era peligroso. Era natural.

Ve a la fuente del poder. Entonces verás lo que puedes hacer. Más de lo que nunca creíste posible.

Avanzó. Ante él había una puerta abierta, idéntica a todas las demás, duracero desgastado, pero podía sentir el tirón. Se deslizó contra la pared junto a la abertura y echó un vistazo a la cámara. Estaba a varios pisos de altura, y éste era el último, donde una pasarela corría alrededor del espacio circular. A lo largo de las paredes, armas antiguas se almacenaban en vitrinas. Ferus no las reconocía, pero reconoció su poderosa aura de perdición. Dio unos pasos sobre la pasarela y miró hacia abajo.

Diez pisos por debajo, vio la parte superior del casco de Darth Vader. Estaba en el centro de la cámara abierta, de espaldas a Ferus, mirando atentamente lo que tenía en su palma abierta. Un Holocrón.

Un Holocrón Sith. Vader lo sujetaba en sus manos enguantadas, como si obtuviese poder de él.

Ferus sintió un poderoso deseo. Con el Holocrón en la habitación, ¿podría obtener poder de él y enfrentarse a su enemigo? Su odio por Vader surgió y se unió a las oleadas del Lado Oscuro de la Fuerza. Sintió como pulsaba a través de su cuerpo. Recordó cómo había destruido la sala de la guarnición simplemente uniéndolo a la Fuerza. Podía

luchar contra Vader. En ese momento se sentía lo suficientemente poderoso para derrumbar toda la torre. Podía abalanzarse sobre él desde arriba.

Obtendría venganza por Roan.

Y sería dulce.

Una voz diminuta le ordenó dar un paso atrás. Él intentó ignorarla. Todavía había una voz allí, la voz de un Jedi —de Siri, de Obi-Wan, su propia voz más joven— que le decía que el camino oscuro era el camino de locura y sin retorno y debía resistir. Quería aplastar esa voz, pisarla con su bota. En lugar de eso, creció. No podía oír ni respirar. Dio un paso atrás y se pegó a la pared.

El último recuerdo de Roan surgió su mente. El recuerdo que le causaba tanto dolor. Pensó en la mirada en los ojos de Roan. Roan había dicho adiós, pero también... no dejes que esto te corrompa.

Roan siempre le había conocido mejor que él mismo.

Se alejó de allí. Todavía se sentía aturdido. Tenía que entender que el Lado Oscuro de la Fuerza encontraría la arrogancia que yacía dormida en él y la inflamaría. No estaba listo para enfrentarse a Vader. Estaba acercándose a un borde que ni siquiera podía ver.

No debía desviarse. Todavía sentía instintivamente que la clave para derrotar a Vader era descubrir su verdadera identidad. Ferus avanzó rápidamente por el pasillo y dobló la esquina. Tenía que haber una consola central a la que accediesen los droides. El momento de encontrarla era ahora, antes... antes de que cometiese un error. Allí había peligro, y no era por los droides merodeadores ni por los soldados de asalto.

La encontró, al fin, fuera de la entrada de las salas de operaciones. Una estación de diagnóstico médico. Ferus podía usar su código de acceso EmPal para empezar y después ver con qué clase de barreras de seguridad se encontraba.

Encontró los registros rápidamente. Estaban codificados, por supuesto, pero éste no era el código impenetrable de Darth Vader. Era sin duda una encriptación realizada por un codificador Imperial, instalada cuando se estableció el sistema, y usada por un droide de registros que introducía la contraseña cada vez que accedía al sistema. Lo que significaba que si Ferus podía encontrar la secuencia, podría descifrar el código.

Sacó un dispositivo de su cinturón y lo introdujo en la consola. Estrictamente ilegal, pero tenía sus usos.

En pocos segundos, había encontrado varias secuencias probables de código. Eran introducidas frecuentemente así que cualquiera podía ser la contraseña. Los introdujo en la computadora una tras otra. A la décima, encontró la contraseña. Qué suerte, estaba dentro.

Ferus buscó rápidamente por el final de las Guerras Clon, cuando aparecieron los primeros informes de Darth Vader. Fue poco después de la toma de poder del Emperador.

Hubo constantes órdenes de transporte antes de esa época. El Emperador había estado creando este centro de cirugía secreto durante meses. Sin embargo no hubo pacientes. Abajo, en el EmPal que todo el mundo conocía, hubo una corriente constante de ricos y poderosos. Pero allí arriba, no parecía que hubiese habido ninguno. Era un club tan

exclusivo que no tenía miembros. ¿Habría sido creado únicamente para las necesidades de Palpatine? ¿O se eliminaban los registros tan pronto como se trataba al paciente?

¿Qué hay del equipo? Los dedos de Ferus volaron sobre las teclas. Cargamentos de bacta, totalmente normales. Escáneres de cuerpo entero. Avanzó a través de diversos dispositivos médicos. Reconocía algunos, pero otros no. No era un genio médico. Tendría que aprenderlos de memoria y preguntarle a Amie Antin.

Pensó de nuevo en Zan Arbor y en el paciente que había visto. Bueno, no había visto al paciente. Zan Arbor le había bloqueado quienquiera que fuese.

Los dedos de Ferus dejaron de moverse. Recordó el vistazo que había echado a la habitación.

Ella había bloqueado a quienquiera que fuese. No pudo ver nada, sólo la esquina de una túnica.

Había sido un niño. Zan Arbor no podría haber bloqueado a un adulto humano. Y Malory le había dicho que no se permitía la entrada de ninguna otra especie en el EmPal.

Un niño.

Ferus miró la pantalla. La información estaba allí. Todo lo que necesitaba era tiempo. Podría seguir profundizando, podría encontrar más información, y pieza por pieza, podría tener una visión general sobre qué era ese lugar y habían tratado allí a Darth Vader.

Sí, allí estaba su venganza. Pero ahora había un niño. Un niño que no conocía.

Roan, ¿qué debería hacer?

No hubo respuesta, porque Roan estaba muerto. Nunca oiría de nuevo su voz.

Le dio la espalda a la consola. Apartó su atención de las letras y los números de la pantalla. La apagó. Las imágenes residuales se desvanecieron.

Dejó la habitación.

Estaba confuso. ¿Qué era? Realmente, no era un Jedi. ¿Podría alcanzar de alguna manera el poder completo de un Caballero Jedi sin la estructura del Templo y la sabiduría del Consejo? ¿Podría hacerlo por su cuenta?

¿No necesitaba las lecciones que pudiera darle el Emperador?

Fue lo suficientemente fuerte para resistir el tirón de maldad. Todavía podía acceder a la mejor parte de sí mismo.

Todavía era una persona que se preocuparía por el destino de un niño.

Volvió sobre sus pasos hasta la sala de reconocimiento donde había visto a Zan Arbor. No habían pasado más de diez minutos desde que la había visto.

Avanzó sigilosamente hasta la puerta. Echó el mismo vistazo al interior.

Esta vez vio al niño.

Lune.

El alivio se derramó a través de él. ¡Y pensar que podría haberse marchado! Había estado muy cerca de tomar la decisión equivocada. Le habría dado la espalda al hijo de Astri.

¿Era esto lo que el Lado Oscuro de la Fuerza le haría?

Entró otro médico, una mujer humana. Ferus experimentó una sacudida cuando se dio cuenta de que él ya la conocía. Era Linna Naltree, la científica de ojos tristes que había sido reclutada para trabajar en Ussa. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Se había unido a Zan Arbor en su terrible trabajo por voluntad propia? Imposible.

Ella llegó hasta Lune y colocó una mano sobre su hombro. Sus dedos apretaron amablemente para tranquilizarle. La rabia cruzó su cara cuando miró a Zan Arbor.

Ésta podría ser su salida. Linna les ayudaría.

Si Zan Arbor no dejaba la habitación, él tendría que entrar con su sable láser. Preferiría evitar eso. Necesitaba tanta ventaja como pudiese conseguir. Darth Vader estaba en el edificio. Si se lo pensaba demasiado tiempo, llegaría a la conclusión de que no tenía posibilidades.

Estaba en peligro por el Holocrón Sith, pero la Fuerza todavía estaba allí. Tenía que confiar en eso. Estaba allí, estaba en todas partes, incluso en medio de la maldad. Él podía extraerla del aire, y podía protegerle y alimentarle. Tenía que recordar la sensación que le había guiado hasta allí, hasta un niño que él pensaba que no conocía. Esa sensación era lo que le conectaba con la Fuerza Viva.

Se concentró en Zan Arbor. Envió la Fuerza hacia ella, esperando que pudiese afectar su mente. Nunca había sido particularmente bueno en eso siendo Padawan. Había sido demasiado rígido, le había dicho Siri. Demasiado centrado en sus propios patrones mentales como para influenciar a cualquier otro.

Bien, ya no era rígido.

Sal y comprueba todo dos veces. No puedes equivocarte. Revisa el material en soledad. En soledad.

Envió el pensamiento hacia ella y esperó una fracción de segundo que pareció una eternidad.

Ella sacudió la cabeza ligeramente, entonces salió de la sala por otra puerta.

Ferus no vaciló. Entró precipitadamente. Linna alzó la mirada, alarmada. Lune sonrió.

—Sabía que vendrías —dijo él.

—No quiero meterte en problemas —le dijo Ferus a Linna—, pero me llevo a Lune de aquí.

—Vas a sacarme a mí también —dijo Linna—. No puedo quedarme aquí más tiempo. Esa mujer es monstruosa.

Era más de lo que había esperado, pero ella había salvado a Trever de las tropas Imperiales. Se lo debía. —De acuerdo—. Rápidamente salieron de la sala y atravesaron corriendo el pasillo.

—¿Por dónde llegaste? —, preguntó Ferus.

—Una plataforma de aterrizaje —dijo Lune—. Me traje Bog.

—¿Cómo subiste a este nivel? ¿Un turboascensor? —Lune asintió.

Un turboascensor que no estaba en los planos. Él había supuesto que debía de haber uno. ¿Podrías encontrarlo de nuevo?

—Creo que sí.

—¿Había algún vehículo cuando entraste al complejo? ¿Aerodeslizadores? ¿Ambulancias?

—Bog tenía un aerodeslizador, pero se marchó.

—Yo vine con Zan Arbor —dijo Linna—. Hay un pequeño hangar fuera de la plataforma de aterrizaje. Una pequeña ambulancia estándar —un deslizador médico. Puede llevar un paciente en la parte trasera.

—De acuerdo, vamos a tener que intentar eso. Guíanos, Lune.

Lune los condujo por el laberinto de corredores oscuros y bajó varias rampas. No vaciló ni una vez. Finalmente alcanzaron el turboascensor. Ferus pasó su mano sobre el sensor, esperando que no estuviese codificado. Vio brillar la luz indicadora.

—Bien —murmuró.

Observaron el sensor que indicaba que el turboascensor ascendía hacia ellos. Entonces de repente la luz se volvió roja y comenzó a parpadear. El turboascensor se detuvo.

El corazón de Ferus se hundió. Tenía que ser una alerta de seguridad.

—Saben que Lune ha desaparecido —dijo Ferus—. Tenemos que ir por mi camino.

La mente de Ferus trabajaba rápidamente mientras les guiaba hacia la estación de recarga de droides. Hasta ese momento no era una alerta a gran escala. Lune había desaparecido, pero no asumirían que se lo había llevado alguien del exterior... todavía no. Podrían suponer que Linna le había llevado a realizar otra prueba... o que se había escapado, y ella le estaba buscando. No asumirían lo peor. Tenían algunos minutos. Pero sin duda enviarían a los droides merodeadores para buscarlos.

Tal como tuvo el pensamiento, vio al droide. Ferus se preguntó si tendría capacidad de ataque mientras desenganchaba su sable láser.

El fuego láser fue hacia ellos. Él lo desvió y lo devolvió. El droide merodeador cayó, humeando.

—Será mejor que nos apresuremos, de seguro habrá más.

Condujo a los demás a la galería acristalada que corría alrededor de la torre.

Estaba desierta. Afuera todavía estaba oscuro. El tráfico en las vías aéreas aun era escaso en la hora previa al amanecer, sólo un salpicón de luces coloridas moviéndose a través de la iluminación emitida por millones de focos de los elevados cañones y pasillos de comercio. Ferus recorrió la propia torre con la mirada, intentando encajar los planos que había estudiado con sus propias impresiones.

Linna también miró hacia abajo.

—Es una caída libre hasta la plataforma de aterrizaje —dijo ella—. ¿Cómo podemos llegar allá abajo?

—Deja que yo me preocupe por eso —estaba preocupado. Con su habilidad con la Fuerza, probablemente Lune podría hacerlo. ¿Pero Linna?

De repente sintió una advertencia. Ferus reaccionó rápidamente, tirando a Linna y a Lune al suelo justo cuando el fuego láser rebotaba a través de la galería.

Cinco droides merodeador volaron hacia él en formación de estrella, disparando rápidamente mientras sus fotorreceptores detectaban a Lune y a Linna. El aire se llenó de humo. Ferus dio un triple salto mortal por los aires. Su sable láser trazó un arco y bailó mientras él se balanceaba, desviando el fuego y derribando a los cinco droides.

Ferus estaba tan armonizado con la Fuerza que podía sentir los desplazamientos de aire afuera en el corredor. Se aproximaban más droides merodeador. No tenía duda de que Vader vendría después. A miles de metros de altura, estaban atrapados.

El único camino era salir directamente a fuera y después abajo.

Ferus sintió algo extraño, un zumbido en sus huesos que se extendió repentinamente por todo su pecho, como una estrella ardiente. Poder. Parecía algo ajeno a él, algo que podría alcanzar y usar si quería. Eso no era la fluidez de la Fuerza, era algo diferente en cuanto a cualidad. El Lado Oscuro de la Fuerza que podía ser agarrado en un puño y usado.

Si él quería.

Y él oyó las voces otra vez, pero esta vez no venía de fuera de él. Estaban dentro, en el corazón del zumbido interno. Ferus se dio la vuelta y miró el transpariacero. En cualquier momento esperaba ver a una bandada de droides acercándose.

Puedes salvarlos.

Todo lo que tienes que hacer... es esto.

La ventana de transpariacero explotó hacia dentro, cubriendo el corredor de restos puntiagudos de lo que había sido sólido un momento antes.

—¿Ferus?

Lune no tenía experiencia con la Fuerza, pero sintió lo suficiente como para tener miedo.

Ferus vio su reflejo en el cristal destrozado. Sus ojos, resplandeciendo. Sus labios, curvados. Su cara, oscura por la cólera. No se reconoció a sí mismo.

Sin entender nada, Linna tocó su brazo. Él miró la mano y quiso apartarla de su cuerpo. No quería conexión.

—¡No lo conseguireis conmigo —dijo Linna—, tienes que salvar a Lune!

¡Mujer estúpida, eligiendo quedarte cuándo puedo salvarte!

¿De quién era ese pensamiento? ¿Suyo?

¿Qué me está ocurriendo?

Las voces...

—Vamos —le urgió Linna—. Aun no saben que estaba con vosotros. Puedo volver. Recuerda que tienes una amiga aquí.

Se dio la vuelta y salió corriendo, saltando sobre los pedazos de transpariacero y desapareciendo.

Ferus no había esperado eso. Miró fijamente el lugar vacío donde había estado Linna. Había querido escapar tan desesperadamente. Pero había vuelto atrás por ellos.

El sacrificio no tenía lugar en un galaxia Sith.

¿Dónde quería vivir él? ¿Con seres como Linnao como Vader?

Sintió que el Lado Oscuro se alejaba.

Ferus miró hacia abajo por encima del borde, a miles de metros del estrecho saliente que era la plataforma de aterrizaje.

Miró a Lune.

—Confía en tus sentimientos, ¿recuerdas?

—No pienses —dijo Lune—, hazlo.

—Te lo prometo —dijo Ferus—, podremos hacerlo.

Ferus enganchó un cable desde su cinturón al de Lune. Entonces, invocando la Fuerza, no pensó, no vaciló, no se lo cuestionó. Sólo saltó.

CAPÍTULO DIECINUEVE

La nave imperial rugió a través del cielo nocturno, zumbando entre edificios y por debajo de pasarelas aéreas. Aparentemente Maggis no creía en rutas espaciales.

Mientras evitaban por muy poco una torre de apartamentos, Trever se aclaró la voz.

—Uh, ¿cree que deberíamos ir más despacio?

—Acabo de recuperar mi libertad, chico. Déjame disfrutarla. —A pesar de sus palabras, Maggis redujo la velocidad—. ¿A dónde? —preguntó.

—Necesito encontrar a Lune. Y creo que sabe más de lo que me dice.

Maggis no contestó. Entró rápidamente en un túnel.

—Puedo ayudarle —dijo Trever—. Conozco gente aquí en Coruscant. Pueden darle nuevos documentos de identificación. Crear un historial falso, incluso podría enseñar otra vez. Saben cómo enterrarte tan profundo que el Imperio nunca podría encontrarte.

Maggis se mordió el labio inferior. Salieron del túnel en el distrito de almacenes. Maggis rodeó un muelle de carga, entonces dio un giro abrupto y voló por debajo, cambiando de dirección.

—Creo que sé dónde está —dijo Maggis—. No le rescataré, ya que no soy un héroe. Pero te llevaré hasta allí.

Volaron por las rutas aéreas. Pronto fue obvio para Trever que estaban volviendo al distrito del Senado. Rodearon el complejo del Senado y se dirigieron hacia una torre alta con una cúpula oval encima de ella.

—EmPal —dijo Maggis—. Uno de proyectos de la mascota del Emperador.

—¿Una instalación medica? ¿Por qué llevó Bog a Lune allí?

—Como dije, le ofreció como voluntario —dijo Maggis con desprecio—, a su propio hijo.

Trever miró fijamente mientras volaban más cerca. Algo captó su mirada, un reflejo. Algo era extraño. Cogió unos macrobinoculares.

—El transpariacero... —murmuró—. Está destrozado.

—No tiene nada que ver conmigo. Te dejaré en el suelo cerca de la entrada de emergencia.

Entonces Trever vio algo inesperado. Un niño cayendo del cielo.

Maggis giró la nave, y Trever se volvió en el asiento y se estiró para enfocar sus macrobinoculares.

—¡Frene!, ¡es Lune! y... ¡está cayendo! —Otro cuerpo flotó en el alcance de los macrobinoculares. Trever se dio cuenta lentamente de que el hombre estaba atado a Lune, y era Ferus.

—¡Tenemos que ayudarles!

Maggis le lanzó una mirada de reojo.

—¡Te dije que no era un héroe!

El fuego láser salió de la torre. Y entonces... Trever tragó saliva. ¿Era eso fuego de un cañón?

—¡Grandes novas... eso es un cañón láser! —rugió Maggis, girando la nave.

—¡Baje allí —están cayendo hacia la plataforma de aterrizaje!

—¿Estás loco?

—¡No van a dispararle! ¡Va en una nave imperial!

—¡Preferiría no tener que comprobarlo, chico!

Trever se lanzó sobre Maggis y empujó los controles. La nave descendió.

—¡Está bien, está bien! —Maggis apretó la mandíbula.

Maggis hizo descender la nave, zigzagueando todo el camino y volando a toda velocidad.

Trever presionó su cara contra el parabrisas, intentando mantener a Ferus a la vista. Su única esperanza era que Ferus les viera y les reconociese que a pesar de las apariencias. No eran el enemigo.

* * *

Para Ferus, el tiempo parecía haberse detenido. Era asombroso que pudiera sentirse tan calmado mientras descendía miles de metros. La confianza fluyó entre él y Lune. En medio de veloces estrellas y el aire, Ferus sintió una extraña euforia. Ahora estaba en el centro de sí mismo, en armonía con la compleja Fuerza Viva que latía en los millones de corazones palpitantes de Ciudad Galáctica. Y no tenía miedo.

La plataforma de debajo se alzaba rápidamente hacia él. Divisó el poste sensor que había visto desde arriba. Alcanzó su cable láser. Lo desenrolló, lo observó serpentear a través de la oscura noche y enroscarse alrededor del poste sensor. El cable se tensó, y él y Lune rebotaron salvajemente. El cable aguantó.

El poste había detenido su caída, y ahora todo lo que tenían que hacer era dar un sencillo salto de Fuerza de cien metros más o menos, hasta la plataforma de aterrizaje. Entonces correr rápidamente hasta el hangar, y...

Los soldados de asalto salieron a raudales a la plataforma de aterrizaje. Estaban equipados con lanza cohetes ligeros.

Y ellos estaban colgando allí, como un blanco de prácticas perfecto.

Ferus comenzó a balancearse. Su única esperanza ahora era balancearse hasta el poste sensor, y de alguna manera volver gateando hasta la torre. Pero no había ninguna forma de entrar en el edificio que el pudiese ver.

La primera explosión falló por escasos centímetros. Lune gritó.

—¡Balancéate! —ordenó Ferus, y Lune comenzó a mecer sus piernas, intentando crear la inercia necesaria para ponerlas fuera del alcance de las computadoras de fijación de blanco.

Genial, ahora una nave imperial se dirigía hacia ellos. Algo pequeño y rápido. Probablemente equipada con cañones láser. Alguien ya estaba tratando de hacer un reconocimiento visual. Él sólo podía distinguir una sombra en el parabrisas.

Si pudiese alcanzar la carga alfa en su cinturón de utilidades...

* * *

—¡Enciende las luces de la cabina! —gritó Trever.

—¿Para qué? ¿Para que esos soldados pueden apuntar directamente a nuestras cabezas?

—¡Sólo hazlo! No pasará nada.

Maldiciendo, Maggis encendió las luces de la cabina. Trever se pegó contra el parabrisas mientras Ferus realizaba un giro lento.

Ferus sonrió. Había reconocido a Trever.

—De acuerdo, puedes apagarlas. Ahora abre la carlinga de la cabina y ponte debajo de ellos.

—¿Estás chiflado? ¡No pueden dejarse caer simplemente! La velocidad es demasiado alta. No pueden calcularla. ¡Fallarán!

—Él puede hacerlo. Confía en mí.

Maggis puso la nave en línea.

—Sólo voy a hacer una pasada, sólo una. Después me largo de aquí.

Giró la nave y fue zigzagueando hacia Ferus y Lune. Dispararon un misil hacia la pareja, y Ferus consiguió de alguna forma apartarse de la trayectoria.

Un segundo después, Maggis pasó zumbando por debajo de ellos. Con la precisión de una fracción de segundo, Ferus le indicó a Lune que se subiese a su espalda y soltó el cable láser.

Cayeron a través del espacio, a plomo. Ferus les guió hacia la abertura y aterrizaron en la cabina con una sacudida que envió la nave dando bandazos, tumbándose en el suelo.

—¡Santa Luna! —exclamó Maggis. Aceleró los motores, y salieron disparados, con el fuego del cañón láser detrás de ellos.

Ferus yacía medio tumbado en el suelo, con el brazo firmemente alrededor de Lune. Trever les miró fijamente, con los ojos desorbitados. No podía creer que hubiese funcionado.

—No sé cómo lo hiciste —dijo Ferus, mirando detenidamente la nave imperial—, pero gracias. —Miró a Maggis, vestido con su uniforme de oficial imperial—. Y gracias a ti también, quienquiera que seas.

—Es quienquiera-que-sea, señor —le corrigió Maggis, secando el sudor de su cara.

CAPÍTULO VEINTE

Una vez que Lune fue devuelto a su madre en una casa refugio en Ciudad Galáctica, ella no le dejó apartarse de su vista durante veinticuatro horas. Entonces Dex sugirió amablemente que Lune podría necesitar algún tiempo para jugar, y ella le dejó salir a jugar a la pelota láser con un grupo de niños que vivían en el Callejón del Maleante.

Dex había enviado a Maggis a otra casa refugio, donde le prometió que le conseguirían una nueva identidad. Flame y Wil habían llegado de Bellassa, y Clive también se había unido a ellos. Era hora de planificar la primera reunión de Golpe Lunar. Tenía que hacerse en un lugar de completa seguridad.

—Bien, por ahora, podéis reuniros aquí, supongo —dijo Dex—. Pero...

Flame sacudió su cabeza.

—No creo que nadie esté de acuerdo. Nadie quiere reunirse ante las narices del Emperador.

Keets y Curran Caladian comenzaron a hablar de inmediato, proponiendo diferentes opciones. Clive observó como Astri dejaba la habitación. La siguió.

—¿Vas a unirme a Golpe Lunar? —preguntó él.

Ella sacudió la cabeza.

—En realidad no tengo un planeta natal. Viví siempre con Didi cuando era una niña. Entonces nos instalamos aquí en Ciudad Galáctica. Pero técnicamente no soy parte de la Resistencia.

—Éste podría ser un lugar en el que comenzar —dijo Clive.

—Ry-Gaul se ha ofrecido a entrenar a Lune —dijo ella—. El Jedi cree que él puede desarrollar su habilidad con la Fuerza. Nunca será un Jedi, pero podría ser... algo. Le debo eso. Supongo que no puedo seguir huyendo de su habilidad con la Fuerza. Así que nos quedaremos aquí, de momento.

—Tal vez tenga un trabajo para ti —dijo Clive—. Hay algo que tengo que hacer —indicó la reunión con un cabeceo—. Estamos confiando mucho en Flame. Ella ha pasado bastantes pruebas, es cierto. Pero...

—¿Pero qué?

—No confío en ella.

—¿Y? Tú no confías en nadie.

—Fui a Acherin para investigar su historial. Podría haber tropezado accidentalmente con su auténtica identidad. Pensé que había encontrado a alguien que podría saber algo, pero le mataron antes de que lograra hablar con él. Eso me molesta.

Astri frunció el ceño.

—¿No está Acherin en medio de una guerra civil?

—Sí.

—¿Con gente muriendo todos los días?

—Bueno, cierto. Tal vez esto parezca normal. Sólo que no me huele a algo normal. Flame escapó de una prisión imperial con otros cinco. Todos ellos están muertos o de

vuelta en prisión. No hay forma de rastrear lo que ese operativo podría haber sabido. Y todos los registros de Acherin han desaparecido. No hay manera de rastrear quién es Flame en realidad y eso me fastidia.

—Te das cuenta de que si empiezas a indagar, podrías hacer más daño que bien. Podrías revolver algo que el Imperio podría usar. Y eso podría ser el fin de Golpe Lunar.

—Sí, se me ha ocurrido. —Clive vaciló—. Sabes, antes te equivocaste. No es cierto que no confíe en nadie. Confío en Ferus. Y en ti. Necesito ayuda.

—Hmm, Clive Flax pidiendo ayuda, nunca pensé que vería este día. —Astri suspiró—. De acuerdo, supongo que me vendrá bien una distracción.

No era exactamente una conmovedora muestra de apoyo, pensó Clive, pero era un principio.

* * *

Ferus debía estar en la plataforma imperial de aterrizaje. Pero primero había alguien con el que necesitaba contactar.

Obi-Wan apareció en modo holo en escasos segundos. Su barba estaba veteada de más hebras plateadas, y profundas líneas surcaban sus mejillas.

—No he tenido noticias tuyas desde hace algún tiempo —dijo él.

—No tienes buen aspecto —dijo Ferus.

—Encantador como siempre —dijo Obi-Wan—. Podría decir lo mismo. ¿Qué pasa?

—Roan está muerto.

El espasmo en la cara de Obi-Wan le dijo lo profundo que las noticias le habían impactado.

—¿Cómo?

—Vader.

Obi-Wan apartó la mirada. Ferus intentó imaginar lo que veía. La suciedad y las rocas de Tatooine. El polvo de su exilio.

—Lo siento —dijo Obi-Wan.

—Y ha aparecido un Jedi —dijo Ferus—. Alguien que conoces. Ry-Gaul.

El pesar de la cara de Obi-Wan se alivió.

—Me alegro de oírlo.

—Estoy ganando más confianza dentro del Imperio —continuó Ferus—. Palpatine me ha asignado una tarea especial. Encontrar a cualquier adepto a la Fuerza.

—¿Una tarea especial? No me gusta cómo suena eso. No puedes infravalorar a Palpatine. Es vastamente más poderoso que tú. Al igual que Vader. Juntos son...

—¿Invencibles?

—Para ti sólo, sí.

—Ya lo sé —dijo Ferus—. Pero todavía hay cosas que puedo hacer. He conocido a alguien, un contacto que está tratando de organizar una Resistencia, planeta a planeta...

—Es demasiado pronto —dijo Obi-Wan abruptamente.

—¿Tu opinión considerada —dijo Ferus—, como ermitaño en el Borde Exterior?

—Puede que esté en el exilio, pero conozco al Imperio —dijo Obi-Wan con aspereza—. La Resistencia debe construirse lentamente. El Imperio tiene el poder ahora mismo. Ha podido moverse de sistema en sistema y su red de comunicaciones ya está establecida.

—Los imperiales no son los únicos con poder —contestó Ferus. Obi-Wan estaba sermoneándole otra vez.

—Simplemente mantén tu atención donde ya está —dijo él—. ¿Hay alguna persona con potencial de ser adepto a la Fuerza?

—Algunas —dijo Ferus—. Recibí una lista —le habló a Obi-Wan de los diferentes sujetos.

Él, pensó Obi-Wan, se centraría en el cazarrecompensas o en el maestro, como había hecho él, pero Obi-Wan se quedó callado durante un tiempo.

—El bebé en Alderaan.

—No parecía muy prometedor —dijo Ferus—. Una verja de hierro cedió, alguien no cayó... suena más como una coincidencia que cualquier otra cosa. El intento de alguien por ganar el favor de los imperiales. Hay informadores en cada ciudad de cada planeta estos días. Incluso en un planeta como Alderaan. Pero cada informe se toma en consideración, así que éste llegó hasta mí.

—Debes redactar un informe descartando al sujeto —dijo Obi-Wan—. Pero primero debes ir a Alderaan y debe parecer que lo investigas.

—Tengo cosas más importantes que hacer que perseguir pistas falsas —dijo Ferus—. Tengo un par de pistas auténticas que debo investigar.

—No —dijo Obi-Wan—. Esto es lo más importante que debes hacer.

Ferus quería decirle a Obi-Wan que no podía darle órdenes, pero no creía que eso le impidiera emitirlas.

—¿Hay algo más que debería saber? —preguntó.

Obi-Wan frunció el ceño.

—Te estoy diciendo lo que tienes que saber. Y eso no es todo.

—Sabes —dijo Ferus, exasperado—, esto no es el Templo, yo no soy un Padawan, y tú no eres el Consejo Jedi.

El fantasma de una sonrisa cruzó la cara de Obi-Wan.

—Lo sé, pero soy todo lo que tienes.

Y entonces, la sonrisa se desvaneció, y a través de los billones de estrellas que les separaban, tocaron la pena del otro. Las palabras de Ferus evocaron el silencio y la calma del Templo, la energía zumbante de las clases, el resonar de las botas sobre la antigua piedra, la risa de los jóvenes. La cámara del Consejo, los doce Maestros Jedi sentados en círculos, con su experiencia, su sabiduría, y su fuerza. Sintieron la pérdida de eso, fresca y profunda como el día en el que todo eso se había destruido.

Cuándo Ferus habló otra vez, su voz fue suave y controlada.

—Partiré hoy —le prometió.

Si Obi-Wan decía que era importante, él confiaría en que lo era.